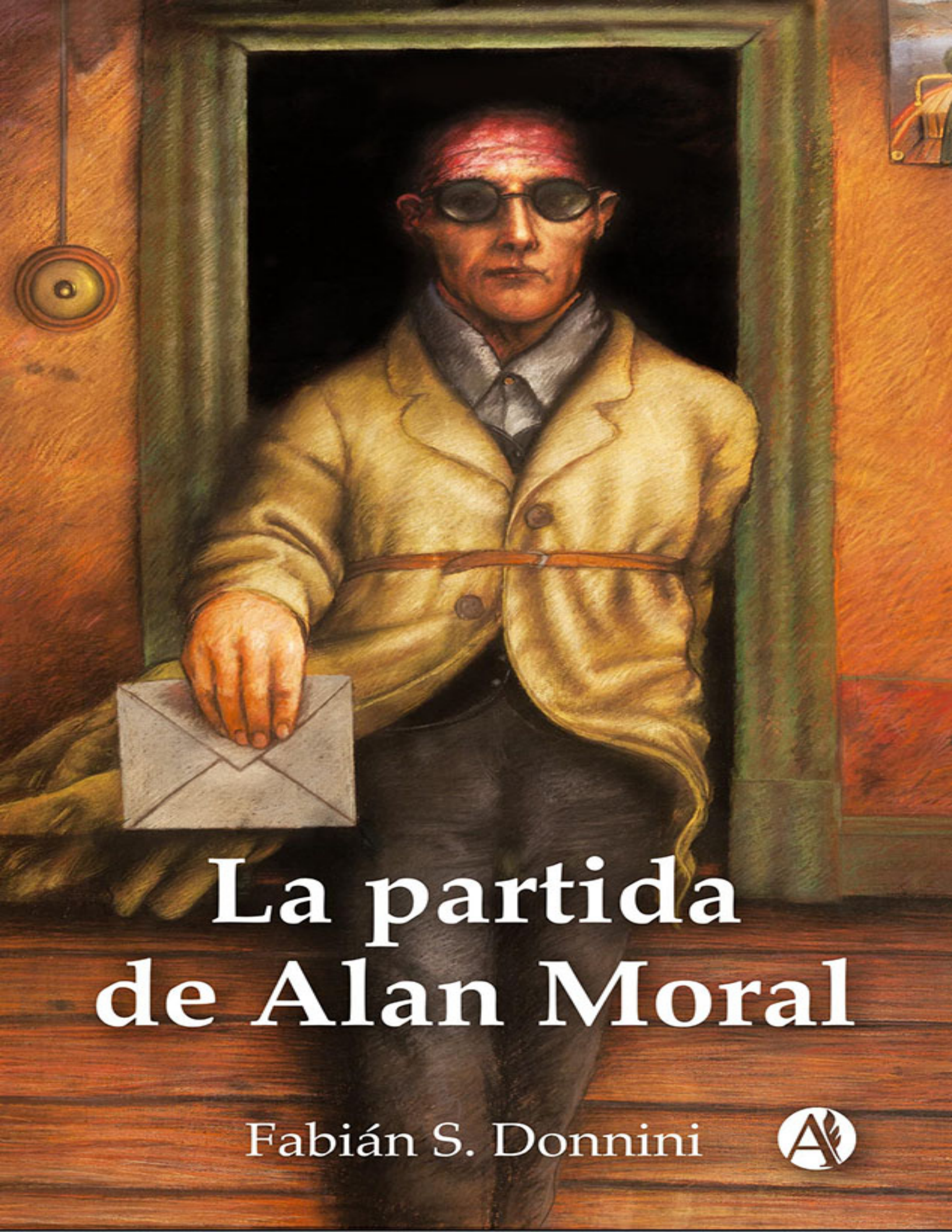




La partida de Alan Moral

Fabián S. Donnini



Fabián S. Donnini

La partida de Alan Moral



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

Donnini, Fabián Sebastián

La partida de Alan Moral / Fabián Sebastián Donnini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autores de Argentina, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-87-3353-1

1. Novelas. I. Título.

CDD A863

EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

www.autoresdeargentina.com

info@autoresdeargentina.com

Ilustración de Tapa: "Figura" por Armando Donnini, 1939-1983.

Diseño de Tapa Original: Daniel Villalba

Re-diseño de tapa y fotografía: Guillermo A. Bautis / gabdesign@gmail.com

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente en ninguna forma ni por ningún medio o procedimiento, sea reprográfico, fotocopia, microfilmación, mimeógrafo o cualquier otro sistema mecánico, fotoquímico, electrónico, informático, magnético, electroóptico, etc. Cualquier reproducción sin el permiso previo por escrito de la editorial viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Índice

Apocalipsis

El Timbre

El pequeño hombre

Aguas

La niebla

El escultor y la modelo

La navaja

Tribulaciones de un empleado

La escalera de caracol

Una leyenda china

Una mujer

El ruiseñor y el condenado

La biblioteca de Babel

Un sueño

Massudh y el caminante

El genio y la manzana

Amnesia

La partida de Alan Moral

Réquiem a la muerte de mi padre

*A mi esposa Andrea, que lleva dentro a María Paz, y a mi hijo Juan
Sebastián.*

A mi madre Martha, por su colaboración en el diseño de la Tapa y correcciones; a mi esposa Andrea, Fabiana, Rodolfo Florio que colaboró en Amnesia y Camilo Giani, quien me impulsó a publicarlo y escribió la nota de la contratapa.

Párrafo aparte merece Jorge Millet, por su apoyo incondicional.

Y finalmente a mi Padre que, aunque ausente, colaboró intensamente en varias de las ideas.

Este libro se publicó con el apoyo del Fondo Nacional de las Artes.

Apocalipsis

*Bienaventurado el que lee, y los que escuchan las
palabras de esta profecía,
y los que observan las cosas en ella escritas, pues el
tiempo esta próximo.*

APOCALIPSIS. INTRODUCCIÓN VERS. 3.

Iba a descender del auto cuando un rayo de luz le dió en pleno rostro. El mirar su proveniencia fue casi un reflejo, era de noche y eso hizo aumentar más su interés.

De no ser porque conocía su estado de semiebriedad, el haz de luz que salía de un pequeño orificio en el techo de su coche le habría parecido un sueño.

—Estoy más borracho de lo que pensaba— Se dijo a sí mismo.

Bajó del vehículo y caminó hasta la puerta de su casa, tardando tres veces más de lo habitual. Entró, se arrojó en el sofá del living y se durmió de inmediato.

Al medio día Oliver lo despertó. Tenía la boca pastosa, olía a whisky, a noche. Fue a bañarse. Luego preparó unos cafés para recuperar su estado habitual. Las risas de la noche anterior resonaban aún en su cabeza.

De pronto la figura de Melisa surcó su mente y recordó que había acordado pasar por su casa al atardecer. Miró el reloj y observó que las horas habían avanzado más de lo que él creía. Debía apurarse pues su casa distaba al menos de una hora de viaje del Centro. Todavía no podía entender cómo había hecho ese recorrido la noche anterior. Se vistió rápidamente y se encaminó al automóvil. Al entrar en él, recordó aquel agujero en el techo. No sabía precisar si lo había soñado por lo vivido del recuerdo. Casi con temor alzó la vista y vió nuevamente el orificio, no tenía más de una pulgada de diámetro, y a través de él se podían ver las estrellas.

—Las estrellas! — Pensó — Cómo puede ser posible si apenas son las tres de la tarde?

Miró una y otra vez a través del pequeño agujero y del vidrio delantero del auto lo cual resaltó aún más el contraste.

Sin pensarlo salió del coche, subió al capot de un salto y desde allí observó a través del agujero. Sus ojos alcanzaron a ver la caja de cambios del auto.

Medio obnubilado descendió y volvió a entrar en él. Volvió nuevamente su vista hacia arriba y pudo ver las estrellas a través de aquel maldito orificio.

—Quién habrá sido el que hizo esto? —La respuesta no cabía en su mente. Tomó un pañuelo y lo colocó a través del agujero. Sacó la cabeza por la ventanilla delantera y observó cómo sobresalían mitades exactas del mismo hacia ambos lados del techo.

Realizó este tipo de operaciones con diversos objetos por espacio de media hora sin que su mente hubiera engendrado ninguna respuesta.

Con determinación, casi con furia, entró a su casa, tomó un martillo y con éste agrandó el agujero casi diez centímetros. Entró en el auto y contempló pasmado cómo aún se podían observar las estrellas.

Siguió martillando ahora desde adentro hasta que pudo sacar la cabeza a través de él. Estaba totalmente oscuro, el cielo estrellado. Miró hacia abajo y vio su auto. Volteó su cabeza hacia ambos lados y comprobó que su casa no estaba, en su lugar había una arboleda, y a lo lejos se veían las luces de la ciudad.

No podía comprender lo que veía, bajó la cabeza y se encontró en su auto, era de día, miró a los lados, todo estaba como siempre. Entró a la casa, buscó su revolver y llamó a Oliver. Tenía pensado penetrar por aquel agujero para investigar lo que ocurría. Al llegar al auto comprobó que el orificio apenas pasaba del centímetro de diámetro. A duros golpes abrió nuevamente uno de medio metro. Pasó a través de él, Oliver lo siguió. Se encontró parado sobre el techo de su coche en el medio del campo, había árboles a su derecha y la ciudad muy iluminada a lo lejos. Un silencio estremecedor lo rodeaba, de pronto su perro se erizó y tras emitir una serie de ladridos voló de un salto al medio de los árboles.

—Oliver... Oliver...—Buscó a su perro sin éxito durante aproximadamente una hora en ese bosque surrealista bañado por la luz de la luna a las cuatro de la tarde.

Éste se había ido.

Bajó por aquel perverso agujero con lágrimas en los ojos y entró a la casa. Cuando se disponía a guardar el arma Oliver comenzó a saltar a su alrededor jadeante.

—Oliver, ¿dónde estabas?

Lo tomó en sus brazos, su rostro reflejaba alegría.

—Gracias al cielo Oliver... ¿Qué?... ¿Qué te está pasando?... Oliver... — el perro temblaba agonizante, tenía la lengua amarillenta. A los pocos minutos era una masa amorfa, sus ojos secos producían un hundimiento marcado de los párpados que le daban un aspecto espectral.

—Ayer a la noche, con la borrachera debo haber volcado veneno en su comida. — Pensó. Había muchas hormigas en su jardín últimamente.

Perder a su perro por segunda vez fue otro golpe terrible, no sabía qué hacer, se sentía atraído por ese misterio, pero algo extraño que germinaba en su interior, le decía que ir a investigar no era lo más apropiado.

Estaba desconcertado cuando de pronto, recordó a Melisa.

—Dios mío —Exclamó exaltado— ¡Son las seis y media! — Diciendo esto salió corriendo. — Tomaré un colectivo, no puedo ir con el auto en estas condiciones.

Al pasar cerca del coche observó intrigado que el techo del vehículo estaba como la primera vez, y el agujero pequeño continuaba misterioso y diabólico como la noche anterior. Totalmente confundido pasó sus manos por el techo y sus dedos no tocaron el menor rasguño, sólo esa diminuta hendidura. Casi automáticamente entró en el auto dispuesto a encontrar cualquier cosa, miró al techo pensando que ya nada podía llamar su atención, pero no fue así.

Pudo ver cómo un líquido rojo oscuro caía gota tras gota y cómo, al llegar éstas al tapizado, se esfumaban sin dejar rastros.

Volvió a mirar a través de aquel ombligo maléfico, y cuando su ojo se acercó al orificio, sintió un escalofrío que lo hizo abandonar el automóvil de un salto.

Caminó confundido hasta la parada de ómnibus mientras su imaginación tejía ensueños escatológicos; la arboleda, las luces de la ciudad, y de pronto ese escozor, todo era tan horriblemente real.

Cuando subió al colectivo eran las siete, tenía cerca de una hora y media hasta la casa de Melisa. Todos sus nervios se descargaron en un violento sueño.

Su subconsciente comenzó a trabajar, se vio en el techo de su auto, árboles a su derecha, las luces de la ciudad a lo lejos, pero a diferencia de lo ocurrido anteriormente había mucho ruido, ruidos de coches y como un coro de gritos desgarradores. Sentía que todo su cuerpo le dolía. Abrió los ojos e intentó llevar su mano derecha a la cara, pero le fue imposible. Volteó su cabeza y con pánico observó su mano cubierta de sangre, alzó la vista y allí estaba la arboleda, quiso mirar sus pies, sólo vio unos hierros retorcidos sobre ellos. Por entre esos tenebrosos esqueletos metálicos se podían vislumbrar las luces de la ciudad.

Sentía que la vida se le escapaba. su cabeza buscó la posición más cómoda para enfrentar a Tannatos. Un repetido escalofrío recorrió su cuerpo cuando vio su sangre caer por un orificio y, un ojo observándolo desde abajo.

El timbre

El más bajo tenía las mejillas azules de frío. El otro exhalaba vapor por los orificios de su aguileña nariz, de tal forma que me hizo recordar a las locomotoras que pasaban por la estación de mi pueblo cuando era niño. El vapor descendía hasta la barbilla para luego subir suave y entrecortado, delineando el cuello levantado de su sobretodo, hasta desaparecer a la altura de la nuca. El pequeño, con las manos en los bolsillos, levantaba rítmicamente una y otra pierna flexionando las rodillas como en un desfile, y de tanto en tanto se sonaba la redonda masa de grasa que, a juzgar por la posición que ocupaba en su cara, debía ser su nariz.

Yo los observaba desde la ventana de mi habitación, las manos empapadas de sudor y el teléfono a mi lado.

En un intento por distraerme, puse un poco de música, con tan mala suerte que el Bolero de Ravel comenzó a sonar y a medida que iba ganando en energía me convencía de que mi fin se iba acercando, de manera que ahora tenía encendida (aunque no la escuchara) la radio.

El hombre gordo metió su mano por entre el abrigo y extrajo el quinto pañuelo que le había contado en las cuatro horas que estaban allí.

—Tengo que comer algo para distraerme. —

Luego me di cuenta que en los dos días que llevaba ahí recluido había acabado con todo lo que mi modesta heladera de soltero podía albergar.

Lo primero que me vino a la mente fue pedirle algo a los viejos que vivían al lado, pero teniendo en cuenta que, así como había gente afuera podía haberla en el pasillo, no me pareció prudente.

Volví a la ventana.

El hombre alto sacó de su gabán por primera vez una caja de cigarrillos. Con un ademán le ofreció uno a su compañero quién, tras señalar su robusta nariz se negó con un leve movimiento de cabeza. tras encender uno, comenzó a caminar alrededor de la cabina telefónica que había en la esquina. Ahí mismo. Frente a mi departamento.

Yo los vigilaba a través de las cortinas, con la persiana levantada tan sólo diez centímetros y todas las luces apagadas. Al tanteo comprobé que había acabado con todos mis cigarrillos y con la botella de cognac que tenía sobre la mesita del teléfono.

—El teléfono! Podía llamar a los viejos de al lado y pedirles que me alcanzaran algo —Pensé— Les diría que si veían a alguien en el pasillo no tocaran timbre y que volvieran a su casa.

Me abalancé al teléfono y disqué el número de los vecinos, cuando vi que el hombre flaco hizo una señal al gordo, que inmediatamente se dirigió a la cabina telefónica y descolgó el auricular. Colgué antes que sonara por tercera vez.

No podían haber interceptado mi llamada ya que se trataba de un teléfono público, pero, entonces ¿por qué el hombre pequeño había colgado después de mí? Además, ¿cómo sabían que yo estaba discando? Pensé en la posibilidad que alguien les hubiera avisado, pero eso me llevó a la intranquilizadora conclusión que de alguna forma me estaban observando. Sin pensarlo bajé bruscamente la persiana por completo. Ahora sólo podía verlos a través de los listones de madera.

El hombre flaco miró hacia la ventana y tras hacer un gesto al obeso, la señaló. Enseguida, no sé por qué, me eché hacia atrás, de todas formas, ellos no podían haberme visto. Tuve miedo de volver a acercarme pero finalmente lo hice y... No estaban.

No sé muy bien describir lo que sentí en ese instante. Todo lo que había deseado durante tantas horas. Ya no estaban. Pero yo hubiera preferido que estuvieran allí, el alto fumando y el gordo sonándose la nariz. Creo que sentí pánico en ese instante, creí que habían salido por mí.

Luego me tranquilicé, pensé que tal vez el que los enviaba les había ordenado irse. Y la llamada del teléfono. Estaba todo claro, la llamada era para ellos, para decirles que se retiraran. Ellos no podían saber que yo estaba aquí desde hacía dos días. No, ellos creen que yo salí hacia aquel lugar... No, jamás me buscarían aquí.

—Ahora sí que estoy a salvo! — Exclamé.

En ese momento sonó el timbre.

—Me habrían descubierto?

Escuché el timbre sonar tres veces, tres interminables veces. No respiraba.

—Que se vayan, no ven que aquí no hay nadie.

Sonó por cuarta vez un timbrazo seco, corto.

—Qué habrá durado? Tan sólo tres segundos...no, cuatro o cinco... tres es muy poco, es el tiempo que lleva sólo poner el dedo en el timbre y sacarlo. Sí, fueron cuatro o cinco segundos. Bien. Ya no suena más.

Esperé alrededor de diez minutos de espaldas a la pared en la cual estaba la ventana. No recuerdo haber respirado una sola vez en esos diez minutos... Quizás ya estaba muerto.

Me acerqué despacio a la puerta serpenteando por la alfombra, salvando con ágiles y suaves movimientos los objetos que me separaban de la puerta, los que conocía de memoria tras cinco años de vivir en esta casa.

Así gateando a oscuras llegué por fin a la puerta. Me incorporé con la intención de ver por la mirilla cuando recordé no haber escuchado pasos alejándose luego de los timbrazos.

Sonó por sexta vez. Penetrante, agudo, cargándome de angustia, y de pronto, sin saber por qué, rápidamente y como con resignación, abrí la puerta.

El pequeño hombre

La idea seguía atormentándolo.

En cualquier momento el Morsa saldría por esa puerta y le diría que ya había concluido todo.

El pequeño sujeto caminaba en círculos.

—Está tardando demasiado. — Pensó.

Su mano derecha jugueteaba con una moneda dentro del bolsillo del saco, mientras miraba por enésima vez, (desde que su compañero había entrado en esa casa) su reloj.

—*No habría pasado nada de esto de no haber actuado Beto de esa forma, además se lo habíamos advertido con anterioridad.* —Había dicho el Morsa antes de dejarlo ahí, solo con su remordimiento.

Era de noche y no había una sola luz encendida en la casa, pero sabían que estaba allí dentro.

El pequeño hombre dirigió su mirada hacia la casa. Primero el techo, los árboles que emergían por detrás le daban un sombreado tétrico, como un cuadro de Munch. Después las ventanas ... Deslizó la vista saltando de una en una, y se detuvo en la que suponía, era el dormitorio.

—Habría terminado ya? Subió hace más de un cuarto de hora.

Miró la puerta de calle como si esperara encontrar algo fuera de lo común, pero todo seguía tan tranquilo como antes. Entonces se imaginó en su casa, con su familia, descansando como hasta hacía dos horas cuando lo llamaron por teléfono.

¿Podría volver a la rutina diaria luego de lo que acabaría de hacer?

¿Qué le dirían sus amigos si se enteraban?

Aún no había hallado respuestas. Quizás nunca debió haberse formulado siquiera esas preguntas. Había querido subir con el Morsa, esta espera no era buena para su salud, volvió a sentir aquel dolor agudo en el centro del pecho que tenía casi olvidado. Se colocó una diminuta pastilla debajo de la lengua y continuó dando vueltas en la esquina. Quedaban algunos charcos de agua, recuerdos de una lluvia que había durado casi todo el día. Se acercó a uno de ellos y se inclinó hasta que pudo ver su expresión pusilánime reflejada. En realidad, no se había animado a subir, a decir

verdad nunca había tenido el coraje necesario para hacer nada por sí solo, y era por eso que estaba allí afuera ahora.

—Quizás no haya llegado aún y él lo está esperando en su cuarto, por eso tanta demora.

Miró a su alrededor buscando el auto de Beto. Siempre lo estacionaba cerca de la casa. Caminó hasta la otra esquina y lo vio, el Dodge 1500 con un farol estropeado. Beto estaba adentro.

—No estarán hablando...No, el Morsa no era de los que perdían tiempo en explicaciones, el Trompa les había dicho que había que hacerlo y listo. — *Con eso no se jode!* Se acordaba todavía del grito del Trompa cuando el Morsa trató de enfriarlo para que entrara en razón. Y él se había quedado callado. Siempre la había visto pasar así, de lejos. Nunca opinaba. Pero ahora se había metido en un flor de bolonqui. Ya era demasiado tarde, tendría que haber hablado antes. Y el remordimiento seguía consumiéndolo y aguijoneándole ahí, en el medio del pecho.

Volvió a pensar en su familia. No tenían porqué enterarse. Trató de convencerse que después de un tiempo todo volvería a ser igual, y que ni siquiera se acordaría de esto. Al fin y al cabo, la orden había sido del Trompa, y, el que la había cumplido era el Morsa. Él solo tenía un papel secundario, había venido a acompañarlo. Su culpa, si se quiere, era menor. Aunque esa espera lo estaba matando.

En ese momento la puerta se abrió y un hombre corpulento salió a su encuentro, pasó a su lado y el más bajo se le unió en la marcha.

Habían caminado en silencio ya tres cuadas.

—Y... ¿Te dijo algo? —Titubeó el pequeño hombre.

—No pudo.

El Morsa era así, nunca pudo armar una frase muy larga. Pensó.

—¿Lo mataste ?

—Sí.

Repentinamente el dolor comenzó a irse.

—Será la pastilla. Dijo en voz muy baja mientras se tocaba el pecho por dentro del saco, justo ahí por detrás del bolsillo interior, donde tenía guardada la plata que le había robado al Trompa y después había culpado al Beto.

—Será la pastilla.

Y se perdieron al doblar la esquina.

Aguas

La lluvia caía desenfrenada sobre esa silueta recortada que la recibía mansamente, gozando subyugada de cada una de sus gotas.

Corría por su rostro dibujando gestos de alivio y parecía entrar por todo su cuerpo, para salir finalmente confundida con ese otro líquido rojo que brotaba por debajo de su camisa.

Golpeaba con furia su frente, cayendo a borbotones desde sus cejas, obligando al moribundo a cerrar sus ojos.

Pasaron las horas y la lluvia seguía cayendo como tratando de limpiar toda la suciedad que se había cometido ahí.

...Y continuó cayendo hasta brotar cristalina de su pecho para llegar (y diluir aún más) al gran lago rojizo que había debajo de él.

Corría ágil y silenciosa por los dedos que trataban de retenerla.

...Y el hombre sintió que su vida, como la lluvia, se le escapaba de las manos.

La niebla

—Pasó la lluvia por fin.

—Sí, pero esta niebla es peor, no veo absolutamente nada de diez metros hacia adelante.

—Y hacia los costados tampoco, apenas algunos arbustos... Podía ver la niebla por la ventanilla trasera del auto. Yo estaba recostado sobre su muslo, así que no podía distinguir bien el límite entre la niebla y el cielo; en realidad era un degradé de celeste pastel que se iba aclarando extrañamente hacia el infinito.

No sé con precisión en qué momento me di cuenta de que no me podía mover, quizás porque estaba obsesionado en ver algo detrás de ese manto celeste que parecía chocar contra el vidrio.

Habrían pasado unos minutos... o tal vez horas, cuando una luz amarillenta me dio en la cara. Parecía estar entrando por la ventanilla delantera. En ese momento ya sabía que no me podía mover. Curiosamente eso no me preocupaba, seguía escuchando las voces y mirando a través del cristal cuadrado.

—Enrique, ¿podemos empezar?

—Cuando quieran. —Se escuchó detrás del paño verde—.

La mano del cirujano cortó firme de un solo trazo desde la base del esternón hasta el pubis.

Trabajaba con la seguridad que otorga el paciente de extrema gravedad, en esos casos en que no es uno mismo el que decide el resultado final de la operación.

Mientras secaba y aspiraba la sangre traté de imaginar qué habría pasado si el cirujano hubiera sido yo, y no oculté una sensación de sosiego al comprobar el papel que me tocaba en aquel infierno.

—Vamos a tener que sacar el bazo, está totalmente destrozado. — Sentenció sin mirar al ayudante —.

—Y el hígado tiene una laceración en su cara superior.

—Ya sé, vamos a comprimir aquí momentáneamente para darnos tiempo en la extracción del bazo.

No era la primera vez que operaba un caso así. Tenía la experiencia suficiente para saber antes de abrir si el paciente saldría vivo o no. Esa cualidad había sido motivo de calurosas apuestas en su juventud, pero esta vez había algo que no le convencía totalmente, algo extraño que aún no había sabido ver.

—Le estás pasando sangre, ¿no? —La frase sonó como una afirmación más que como una pregunta—.

—Ya van dos pingüinos de la casa— Se escuchó la voz de Enrique suave y tranquila haciendo obvia alusión a las dos unidades de sangre.

Un anestesista debe cumplir dos requisitos fundamentales para ser de primer nivel. Uno es dormir a todos los pacientes sin ofrecer ninguna resistencia ni contraindicación formal. El otro es tener una reserva inagotable de chistes para amenizar cualquier operación por más larga que fuese. Enrique poseía ambas cualidades; indudablemente era el mejor que yo había conocido.

A las tres horas de operación ya habíamos sacado el bazo, explorado todo el intestino y resecado gran parte de él, y aún estábamos dudando sobre si conservar o no el riñón derecho.

En ese momento y sin darme cuenta pregunté aquello que por algún motivo ninguno de los tres había querido decir:

—Este todavía va a salir caminando—. (Pero no salió en tono de pregunta como yo me lo había formulado.)

—Y... es joven, todo depende del grado de traumatismo cerebral que tenga—. Siguió trabajando sobre el intestino con la meticulosidad de un relojero.

—Yo, (la voz de Enrique seguía fluyendo permanentemente) me acuerdo que una vez operamos en el hospital Rawson a un pibe de veintidós años con una intoxicación aguda por plomo. — Hizo una pequeña pausa para rematar. Le habían metido ocho balazos calibre cuarenta y cinco.

Estábamos con el viejo Díaz. Cuando terminamos le preguntaron al viejo a dónde lo llevaban, y él, que le había hecho una hemi-corporectomía, respondió:

El pedazo más grande va a la habitación, y el más chico a Anatomía Patológica.

Si no fuera porque yo mismo había cerrado esa ventanilla, juraría que la niebla iba entrando a través de ella e invadiendo todo el lugar.

Ahora me parecía que tenía un tinte más amarillento, probablemente debido al haz de luz que entraba tangencialmente.

Fijé toda mi atención en ella y alcancé a ver los pequeños fragmentos líquidos que bailaban en extraño ritual. Los había blancos, azules, rosados y amarillos, según el ángulo de incidencia del haz de luz.

Sentí el tacto suave y húmedo de la niebla envolver mis piernas, mi cuerpo, mi cara, y me vi fragmentado en infinitos puntos multicolores como en un cuadro de Seurat.

Recuerdo perfectamente ese momento por aquellas frases:

—Pasó la lluvia por fin.

—Sí, pero esta niebla es peor, no veo absolutamente nada de diez metros hacia adelante.

—Y hacia los costados tampoco, apenas algunos arbustos.

Exactamente la misma frase de cada uno de ellos, exactamente en el mismo tono y con las mismas pausas.

Sentí frío en todo el cuerpo, en cada una de las infinitas partes de mi cuerpo, fragmentado por esa niebla maldita y seductora.

Entonces me quise mover, quería incorporarme para observar qué sucedía hacia afuera de la ventanilla.

Observé que las innumerables partículas de mi brazo—niebla se movían vertiginosamente en fatuo ritual hacia uno u otro lado, pero el conjunto permanecía inmóvil e insubordinado a mi voluntad.

En ese momento recuerdo haber sentido miedo por primera vez.

A las cinco horas ya habíamos sacado el riñón derecho y reparado la brecha que se había producido en el diafragma.

El cirujano se limpió los guantes en el camisolín que era empujado con violencia por su prominente abdomen, y miró con sumisión la gasa que cubría la laceración hepática. La pregunta sonó directa:

—Y, ¿vos qué harías acá?

—¿Con ese hígado?

—Sí, con semejante tajo que lo corta de un lado al otro.

Realmente era muy grande. La gasa yacía inerte sobre lo que podía significar la vida del paciente.

Aún podía mover los ojos, traté de ver hacia arriba, el techo del auto se confundía con los copos algodonosos de agua multicolor.

Por encima del asiento delantero no podía distinguir ninguna silueta, ni tampoco ver la luneta trasera en la cual se veían reflejadas hasta que se desencadenó la lluvia, las luces del tablero del auto. Ahora la niebla lo ocupaba todo.

De pronto percibí la ausencia total de sonidos. La obsesión por tratar de moverme y ver a través de esa capa me había distraído a tal punto que no recordaba el momento preciso en que dejé de oír los sonidos del motor del auto. Lo último que recordaba eran aquellas tres frases sueltas.

Hasta que comencé a oír como, la niebla, penetraba en mis oídos como la interferencia de una estación de radio.

Por primera vez en casi cinco horas el cirujano dejó de trabajar. Estiró hacia atrás su cabeza, la movió de un lado al otro, entrecruzó los dedos de las manos y los hizo sonar acompasadamente, miró por encima del paño verde y le preguntó a Enrique el tiempo que llevaba de cirugía.

Después su mirada se fijó en la mía.

—¿Y...? ¿Qué hacemos con esto?

Mi respuesta no se hizo esperar, a decir verdad, venía pensándola desde el primer momento en que vi la herida:

—Doctor, llevamos casi seis horas de cirugía y no queda mucha más sangre, creo que sacar la gasa y tratar de reparar eso va a ser peor que dejarlo así con un taponaje.

No sé si mi respuesta sonó muy segura o que realmente por primera vez lo noté agotado y no quiso arriesgarse a prolongar la operación mucho más.

—Tenés razón querido, seguir más con esto da miedo, —y agregó— mucha ciencia acerca a Dios.

—¿Cómo está el paciente Enrique?

—Un poco hipotenso, ya le pasé toda la sangre que teníamos. ¿Falta mucho?

—Ya nos vamos.

—Por fin— pensé en silencio, mientras que de mi boca se escuchó: —Que matracazo infernal—

Traté de recordar los momentos previos a la neblina, los preparativos, la salida, la lluvia torrencial, desafiante, la primera parada, la nueva salida... La bruma cada vez más sofocante, me recosté sobre ella, ahora los tres me parecían distantes. La niebla había penetrado en todos mis poros sofocándome de tal forma que me impedía todo contacto con el mundo exterior que parecía acabarse junto con el límite de mi cuerpo.

Nuevamente intenté moverme, sin resultados...

—¿Baja a terapia intensiva?

—Sí, ya reservé cama...

—¿Cuesta mucho despertarlo?

—Mira, creo que lo mejor va a ser que lo dejemos conectado a un respirador.

—Como usted diga Enrique. Ahora aviso que vayan preparando todo – contesté.

En ese instante el miedo ya se había apoderado de mí. Estaba totalmente paralizado, sordo, mudo y lo único que podía ver eran fragmentos multicolores y centelleantes de esa bruma omnipresente... Creo que articulé decenas de palabras de auxilio que nunca fueron escuchadas... Ni siquiera por mí...

Las cuerdas que lo movían se habían cortado, y el cuerpo, yacía como una bolsa inerte.

—Ya está. Respiración artificial, sondas varias, drenajes varios, antibióticos, analgésicos, control de todo lo que entra y sale por cada tubo. –indicó el ayudante–.

—En lugar de ir a terapia lo tendrías que haber llevado al Jardín Botánico.

El monitor sonaba rítmicamente a medida que inscribía unas rayas de brillante verde sobre una pantalla.

—Che, ¿y los otros tres que iban con él?

La respuesta no se hizo esperar, fue seca, tajante:

—Murieron instantáneamente.

Por última vez hice el esfuerzo por levantarme. La bruma comenzó a disiparse como si la luz dorada que venía desde adelante la fuese derritiendo.

—Pasó la lluvia por fin.

—Sí, pero esta niebla es peor, no veo absolutamente nada de diez metros hacia adelante.

—Y hacia los costados tampoco, apenas algunos arbustos.

Por fin pude levantarme, de pronto vi con claridad el interior del auto, los tres rostros, mi cuerpo ya me pertenecía plenamente. Miré a través del vidrio delantero y dije:

—Seguí hacia esa luz dorada, creo que la niebla va disminuyendo.

En ese momento el monitor inscribió un trazo recto y sonó una alarma que jamás paró.

El escultor y la modelo

“...Durante la guerra de las Siete Lunas, Cayo Plinio, general del ejército Egeo, sucumbió ante los encantos de Athenea, la mujer más bella que hubiese navegado por las aguas del mediterráneo. El día previo a la batalla final, el general, abrumado por tal relación, no reparó en la defensa de la ciudad. Consultó entonces a su consejero Flavio, quien envió a asesinar a Athenea argumentando que los atributos femeninos solían ser la perdición de los hombres.

Cayo Plinio, comprendiendo la flaqueza de su temperamento a causa de dicha mujer, aceptó con pesar la decisión de su consejero, y Athenea fue arrojada a los leones.

Al día siguiente, Cayo Plinio ordenó que fuese Flavio quien corriera igual suerte. El consejero, consternado por tal situación pidió una explicación a su general quien le respondió que su debilidad persistiría siempre que hubiese alguien que la hubiera conocido. Esa noche, el ejército de Cayo Plinio venció en la batalla, pero eso, ya es otra historia...”

Del “Fool’s Stories” Vol. II vers. 35.969–970.

Circa 1840 London: Longmans, Green and Co. All rights reserved.

El escultor se sentó frente al inmenso bloque de yeso, como tantas otras veces en el último mes.

Se reclinó hacia atrás abrazando sus hombros con las manos y, mirando hacia la bombita que colgaba del techo del taller, permaneció en esa posición por casi dos horas. Se incorporó, tomó el vaso de whisky de la mesa donde se hallaban sus escoplos y cinceles, y mientras bebía caminaba alrededor del cubo gigante donde yacía encerrada la figura de sus pensamientos. No podía evitar pensar en ella. Caminó y bebió. Bebió tanto que sus ojos se cerraron y sus pensamientos comenzaron a desnudar el yeso hasta que surgió de él la forma deseada. Una vez que estuvo lista, la tocó nuevamente y, ella comenzó a moverse. Abrió los ojos y contempló al artista que la miraba desde la silla. Bajó la vista y se echó a andar. Caminaron juntos sin mirarse, salieron del taller y recorrieron pensiles apocalípticos donde eran observados por figuras inertes de nevado yeso. La pálida mano del escultor tomó el brazo de ella, cruzaron sus miradas y balbuceó un –¿por qué?– que rompió el encantamiento. Se despertó echado

sobre el piso de su atelier, cubierto por una manta y aferrando en su mano el vaso, vacío esta vez. El enorme bloque de yeso, enhiesto, dominaba todos sus pensamientos. Sin vacilar, se incorporó y fue hacia él. El whisky nuevamente aguijoneó su memoria, y sus manos, muertas casi desde siempre comenzaron a trabajar. El primer día fue sólo una forma y muchos recuerdos. Bajo el efecto de la bebida creyó verla surgir entre la blanca niebla producto de su trabajo.

El segundo día moldeó su cuerpo, y las manos que tantas otras veces la habían tocado, repitieron lo mejor que sabían el original.

Regularmente se sentaba a mirar su obra por un espacio de tiempo pero, su imagen, a medida que iba descubriéndose, desgarraba algo en su interior. La bebida y su memoria se convirtieron en aliados forzosos de esa evocación de ella y, sólo los mudos testigos de mármol eran conscientes de la felonía que vivía el corazón del artista por sus propias manos. El debilitamiento físico fue progresivo pero ella controlaba los cables del recuerdo y el artista se movía mecánicamente en el fatuo escenario. Dos días completos le llevó modelar su rostro y lo hizo en penumbras, con ambas manos guiadas por la huella que ella le había dejado. Comió bucólicamente y nuevamente lo sorprendió la madrugada cuando los rayos de luz ahuyentaron a la figura femenina que se escondió dentro de aquel calco perfecto. Ese día la contempló por todas las curvas de su interminable belleza. La observaba no ya con el ojo crítico del artista sino con la melancolía propia de la ausencia. El alcohol le sirvió para ahogar las lágrimas que se filtraban furtivamente. Cuando admiró la última esencia de su obra, comprendió por fin que esa forma era el germen que brotaba de su dolor. En ese momento pensó que esta vez ella no podría ya dejarlo. Cuando tuvo la convicción de que estarían siempre juntos, la agonía se reflejó en sus ojos enrojecidos por el polvo y el recuerdo. Su mano aferrada a una maza, en una convulsión agónica dispersó en infinitas partículas la obra del artista, y por unos instantes nada se vio salvo el blanco recuerdo flotando en el aire. Cuando éste se hubo sedimentado, sólo quedaron los mudos testigos de mármol, y el polvo del artista y su recuerdo.

La navaja

Enapión el consultó a las sacerdotisas del oráculo de la Ismenia antes de partir con su embarcación a las islas de Tíope. Éstas luego de beber del agua sagrada le vaticinaron un trágico final a su travesía.

—Que debo hacer entonces? Es que no debo embarcarme? Preguntó Enapión desconsolado.
—No importa lo que hagas, Tu futuro será el mismo.
El hombre no puede oponerse a su destino.

ODISEA DE ENAPIÓN. MITOLOGÍA ARGONÁUTICA.
GUY FORGÈS. ED. SALAMANCA 1953.

Un salpicón de agua salada lo despertó, había estado inconsciente mucho tiempo. Debía ser el mediodía pues el sol lo castigaba sin demostrar ninguna sombra. La sangre que le brotaba del arco superciliar nubló su visión como un gran manto rojo. El pescador se incorporó y tomó agua con la mano para lavarse la herida. También tenía un corte profundo y azulado en la pierna derecha, que ya no sentía, y numerosos raspones en todo el cuerpo.

Observó su cara reflejada en el mar. Por sobre el ojo izquierdo se veía un hilo carmesí.

—No es grave. —Pensó, engañándose a sí mismo en voz alta, y comenzó a improvisar un torniquete en la pierna, con su camisa, mientras trataba de recordar el accidente contra aquel arrecife de coral. Intentó mover los pies, pero sólo el izquierdo le respondió, el otro, morado y tumefacto, permanecía indiferente a su voluntad.

La barcaza estaba totalmente destruida y a medio hundir. La proa sobresalía de las aguas ya que llevaba atado a cada lado un tanque plástico hueco, la popa se hallaba completamente sumergida y todo el escaso equipamiento que contaba había rodado hasta perderse en el mar. A estribor se veían emerger los restos de la inmensa red de pescar desbaratada como una vieja telaraña que se defendía de los embates del piélago salvaje.

Recordó que antes de embarcarse había estado discutiendo con Selene, su esposa desde hacía veinte años, ya que una adivina le había predicho un terrible accidente marítimo y ella no quiso permitirle partir. En realidad, no era nada nuevo, dos o tres veces al mes ocurrían ese tipo de discordias donde siempre tenía lugar algún tercero que apelando a conocimientos del más allá hacía más dura la disputa familiar, llevándola a terrenos en los cuales el pescador no se sentía cómodo.

—Esta vez, la bruja tenía razón. Continuó cortando con paciente sumisión las mangas de la camisa con su navaja de pesca.

Pese a todo la fuerza espiritual de Selene había logrado que la humilde embarcación llevara por nombre “Stella Maris”, a lo que el pescador no se había opuesto con la habitual vehemencia ya que era de uso común el colocar nombres de mujer a las barcas de pesca. Él habría preferido “Nereida”, no por un profundo conocimiento mitológico de las descendientes de Nereo sino por los graciosos dibujos de las latas de sardinas.

Los continuos azotes del sol lo hicieron rendirse nuevamente.

Cuando se despertó era de noche. La pequeña y frágil embarcación se mecía suavemente en la inmensidad del océano. Sirio, brillante, resaltaba entre las demás.

—Debo haber dormido como doce horas. —Se dijo el pescador, y casi inconscientemente tomó agua con ambas manos y las llevó a la boca. Inmediatamente sintió una náusea y se asomó por el borde del navío, los labios se hallaban en llamas, respiró amplias bocanadas de aire para calmar su dolor y notó como miles de ojos brillantes lo observaban desde aquel manto negro y ondulante, como perlas sumergidas parcialmente en el petróleo.

La sed se había transformado en su mayor preocupación. Miró al cielo.

—No lloverá.

Se sentía mareado, probablemente porque había perdido algo de sangre en el naufragio, ya que estaba acostumbrado a los movimientos del mar, aunque nunca había navegado a la deriva. Fijó su vista en un punto fijo en la bóveda celeste, y comenzó, al cabo de un rato, a poner nombres a cada una de las estrellas que alcanzaba a ver. Creyó escuchar suaves tintineos que atribuyó a algún resto metálico de la barcaza, pero el cansancio pudo más que la curiosidad y permaneció tendido boca arriba, extenuado, contemplando las infinitas estrellas que, por primera vez cobraban un

significado distinto de las habituales rutas de navegación haciéndolo sentir diminuto hasta la exasperación. Toda la situación le parecía una macabra broma del destino. Pero, ¿existía realmente el destino? ¿Estaría predeterminado que él iba a sufrir ese accidente tal como la adivina lo había previsto?

De ser así, de poco valía que hubiese tratado de prevenirse porque la visión del mismo sólo representaba una ventana hacia el futuro donde éste no era otra cosa que el irremediable presente.

No podía pensar con claridad, pero el germen de la idea continuó desarrollándose mientras el tintineo cobraba mayor protagonismo. El ruido le recordó el tañido de las campanas de la iglesia de su pueblo, y, por primera vez, el pescador se planteó dudas acerca de la existencia de Dios.

Había ido a la iglesia una sola vez. El negro Parentis que se había casado con la hermana menor de Selene era trapequista en un circo ambulante y el número principal consistía en un acto de acrobacia que culminaba con él suspendido por sus dientes de la larga cabellera rubia de su partenaire. El público contemplaba fascinado el espectáculo excepto Milagros, la esposa, que permanecía detrás de uno de los pilares de la carpa, inmóvil y tensa, puesto que los ojos de la Gorgona la observaban cada vez que el acróbata se deslizaba por los aires.

Recordaba haber oído sólo un chasquido, como de leña seca consumiéndose. Luego vinieron los griteríos y todo lo demás. Acompañaron a la viuda desde aquel momento, primero al entierro y luego la llevaron a vivir con ellos. Selene no podía dejar sola a su hermana menor.

—*Ni siquiera le dejó una casa, su hogar fue desde que se casó, la inmundada carpa donde la llevó ese negro atorrante y vago, siempre rodeada de enanos y deformes, pobrecita mi Milagros.* —La voz de Selene le sonaba lejana, pero podía oírla con claridad. Aquella fue la única vez que había ido al templo. Recordaba haber preguntado si debía quitarse las sandalias sucias al ingresar, no por vergüenza sino por el respeto que le inspiraba una construcción tan majestuosa. Finalmente permaneció durante toda la ceremonia a escasos metros de la puerta lateral. El cura se le acercó luego de la ceremonia para pedirle ayuda con el traslado del cajón, y le habló.

—*Ramón, debe acercarse más a Dios. Nunca lo veo por la Iglesia. ¿O acaso no cree en Dios?*

—*Padre. La pregunta es tan difícil de responder... y la vida es tan corta. Aún no conozco el mar, y me paso todo el día en él.*

—*He conocido muchos agnósticos como usted que se acuerdan de Dios cuando les conviene. Pero, aunque así fuere, recuerde que Dios siempre se acuerda de Usted, y lo está esperando.*

¿Sería esto una señal de Dios, un castigo por su necia incredulidad? Pero, si Dios existía realmente, ¿era necesario tan desmedido empecinamiento en lograr que él creyera? ¿Sería él tan importante? ¿Podría ser tan transcendental un Dios que se ocupara de cambiar las creencias de un pobre pescador con una maniobra tan vil? Por otra parte, si Dios lo estaba observando, ¿cómo podía asistir inmóvil al agotamiento de su vida?

Luego se sintió desvanecer.

El reflejo naranja del crepúsculo lo encontró jugando con su navaja de pesca. Los destellos dorados rebotaban en el filo y le daban en la cara. Notó que tenía una barba de cuatro días por lo menos. Miró la empuñadura de nácar brillante rematada en un rosetón de acero inoxidable. La había ganado luego de pulsear un día entero con un marinero portugués. Él había ofertado un catalejo de bronce, sólo para tentar al otro, pero en realidad había empeñado hasta la última gota de su orgullo, que en esa época le costaba tremendamente contener.

Ahora, contrariamente, se sentía acabado, pero algo de aquella arrogancia devaluada lo hizo decidirse que ese sería su último amanecer. Levantó la navaja con ambas manos apuntando a la última estrella que aún se veía y, cuando los rayos del sol la apagaron del firmamento, cambió la inclinación del filo y la bajó con fuerza.

La barca continuó huérfana su caprichoso rumbo al mismo tiempo que en el horizonte comenzaba a divisarse un manchón marrón del que emergían dos o tres edificios.

Tribulaciones de un empleado

—Enrique, no podré ir esta noche.

Él no la escuchó. Estaba muy ocupado tratando de sacar aquella mancha de su camisa.

—Enrique, te dije que no podré ir contigo, me siento peor que ayer, creo que es el corazón otra vez.

—Maldita mancha.

—Enrique, no escuchas nada de lo que te digo.

—Sí querida, pero es importantísima esta reunión, conoceré al presidente de la empresa, es necesario que vayas conmigo.

—Sr. Rodríguez, lo esperamos a usted el 28 a las 20 horas. en mi casa, no falte, mi mujer y la del señor Oswald quieren conocerlo, y no olvide traer a su esposa.

—Allí estaremos, no se preocupe señor presidente.

—Maldita mancha, y esta es la única camisa que hace juego con el traje.

—Enrique, creo que tomaré un Valium.

—Si querida, ...¿decías ?

—Tomaré unas pastillas para dormir, perdóname, sé lo importante que es para ti que yo vaya esta noche.

—Sí, creo que lo mejor será que te quedes... ¿dónde pusiste el talco? Esta mancha no sale, ¡por Dios!

Ella prendió un cigarrillo y se echó en la cama.

En la mesa de luz había un vaso vacío y una caja de Valium.

—Querida, me voy, lamento que no puedas venir. Esta mancha, no se nota ya, ¿verdad?

—Mmmm, sí ¿qué decías...?

—Nada, no te preocupes, duérmete.

Dejó caer el cigarrillo y quedó dormida.

Maldita mancha, dijo, y cerró la puerta con dos vueltas de llave.

Al tomar el colectivo un hilo de humo asomaba de la ventana del 5º “A”, del departamento del Sr. y la Sra. Rodríguez.

La escalera de caracol

Lo estábamos esperando señor Gómez, tardó usted más de lo que pensábamos. Pase por aquí, venga, no tema, ya ha pasado lo peor.

Al final del corredor se distinguía un reflejo fucsia que parecía manar de un espejo que ocultaba una puerta, Gómez la atravesó acompañado por su anfitrión, y enseguida escuchó cómo sus pasos comenzaban a traducirse en ecos cada vez más resonantes. Se encontró en un vasto recinto circular de unos veinte metros de diámetro, circundado por dos naves laterales que comenzaban a partir de dos filas de columnas completamente lisas.

Antes de entrar en la galería central, el hombre que lo guiaba señaló un banco de piedra instalado contra una columna. Gómez entendió que debía sentarse a esperar.

Recogió las rodillas de su pantalón y con serenidad ocupó el asiento. Cuando volvió la vista hacia donde estaba el guía, este se había ido. Pensó que lo mejor era esperar y trató de recordar qué estaba haciendo allí.

Recordó la fiesta de la noche anterior, había tomado de más, salió rumbo a su casa en la madrugada... ¿Había salido en realidad?

Levantó la vista y observó que las dos naves constituían la parte inferior de una inmensa escalera de caracol que se alzaba por encima de él y que parecía no tener fin. Toda la construcción era de piedra y le llamó la atención el hecho de no distinguir las divisiones entre un bloque y otro de tal forma que daba la impresión de estar construida a partir de una única pieza.

No había estado nunca allí. No obstante, el lugar le resultaba familiar. Sabía que al final de la escalera había una puerta y creía saber qué hallaría al abrirla. Esperó por cortesía un lapso prudencial a sabiendas que nadie vendría por él. Entonces se levantó y fue hasta donde comenzaban las gradas, quiso echar una mirada hacia el inmenso portal por donde había accedido al lugar, pero le resultó imposible, la puerta había encajado perfectamente en el marco de piedra.

Comenzó a subir.

Era extraño, percibía como si la escalera fuese recta, hecho que atribuyó al enorme diámetro de la misma y a la ausencia total de descansos, y por

ende de pisos. Tanto le afectó esa sensación que se dirigió al extremo contrario a la pared y miró hacia abajo.

—Caramba, debo haber subido como cincuenta metros. ¡Qué pequeños se ven aquellos dos hombres!

Algo le llamó la atención y se quedó observándolos. Uno de ellos señaló el banco en el que él mismo había estado sentado, el otro se acercó a él, se agachó mientras recogía las rodillas de sus pantalones (como lo había hecho él) y vio como el primero se marchaba suavemente hacia atrás caminando sobre las puntas de sus pies.

—Qué escalera tan alta... ¡La puta! – Pensó y miró hacia arriba para calcular cuánto le restaba aún para llegar al final. Entonces vio sobre el andarivel opuesto al suyo y como cincuenta metros más arriba, otro hombre que también había estado siguiendo la escena que ocurría abajo.

Siguió subiendo hasta que sus piernas no le respondieron y se vio obligado a sentarse. Comprobó que la escalera, el pasamanos y la pared lateral estaban construidas a partir de un solo bloque, no había ventanas y la única iluminación era la proveniente desde el centro de la misma. Se trataba de un diseño más bien rústico sin molduras y pobremente acabado, a excepción del pasamanos que estaba más lustrado.

Estaba examinando el pasamanos cuando observó que había un hombre sentado en el banco. Levantó la vista lentamente tratando de contar las vueltas del enorme espiral y fue ahí cuando vio que otro lo observaba desde unos metros más abajo.

—Ya me falta poco para llegar. –Repetía mientras continuaba su ascenso.

Al llegar al final, la escalera se cerraba completamente por arriba formando una cúpula. Había también una puerta similar a la que él había atravesado, desde donde surgía la intensa luz que iluminaba toda la escalera.

—¡Al fin! – Y traspuso la puerta.

Todo comenzó a darle vueltas y Gómez se encontró sumido en penumbras al mismo tiempo que sentía un vacío en el estómago.

De pronto recuperó la estabilidad y se encontró de pie. Una luz rojiza como la alborada lo guio hasta un enorme portón.

Un hombre vino a recibirlo.

—Lo estábamos esperando señor Gómez. Tardó usted más de lo que pensábamos.

Una leyenda china

Había llegado a la China hacía muy poco tras un largo viaje y me llevaron directamente al hotel que en otra época fuera el castillo del mago Shiang Pe.

Al entrar a mi habitación quedé cautivado por una escultura de marfil de una extraña mujer de rasgos hermosos pero de una expresión muy triste. Enseguida le pregunté al botones de quién se trataba y fue él quien me contó la historia que luego corroboré de otras fuentes.

La escultura representaba a Shiang Lin, la única hija de Shiang Pe quien en su época fue considerado uno de los magos más famosos del Gran Imperio. Esta gozaba con todo el amor y devoción de su padre quien pretendía que le diese la descendencia que él no había podido tener ya que su esposa había fallecido de unas extrañas fiebres al dar a luz.

Cuando Shiang Lin creció fue una de las mujeres más bellas que todo el imperio hubiese conocido y vinieron príncipes de todos los reinados vecinos a ofrecer todas sus riquezas a Shiang Pe a cambio de la mano de su hija, pero éste los iba desechando uno tras otro, y así fue por años y años.

Un día, Shiang Lin, cansada de los celos de su padre, decidió marcharse con el primer hombre que se le acercara y la mirase como una mujer vulgar y no como a la noble que en realidad era.

Una noche durante las celebraciones del cumpleaños del hijo del emperador de la China, su padre realizó actos de magia para toda la ciudad a pedido del Emperador y Shiang Lin se mezcló con el resto del pueblo conociendo a un labrador con quien decidió marcharse lejos de su padre.

Al finalizar los festejos, avisaron a Shiang Pe de lo ocurrido y éste exclamó la siguiente maldición para quien le hubiese quitado a su hija:

“Al cerrar tus ojos soñarás que no existe el sonido, y al despertar no podrás oír el trinar de los pájaros, luego soñarás que no existen los colores, y no podrás ver el azul del cielo ni el arco iris. Pero luego desaparecerá la luz y despertarás en penumbras. El sueño continuará más profundo y ya no existirá nada que te rodee en el mundo... Por último, Soñarás que el universo todo ha desaparecido...Y ya no tendrás lugar donde despertar”.

A los pocos días Shiang Lin regresó al castillo de su padre, y desde ese día ningún hombre se le acercó por temor a padecer tan trágica maldición.

Entregué una propina al botones y me recosté pensando en la leyenda de la pobre Shiang Lin.

En ese momento se apoderó de mi todo el cansancio del viaje y me llamó la atención un ruiseñor posado en la ventana del cuarto. No sé aún si fue mi imaginación, pero creí ver como el ave movía su pico sin emitir ningún sonido.

Pese al agotamiento que tenía tomé mi equipaje y me dirigí a otro hotel, pero tuve la precaución de no llamar al botones por temor a que se burlara de mí.

Una Mujer

*Todo lo que he escrito es para ti.
Mis labios continúan siendo esclavos de tus ojos.*

Busqué con los católicos y los judíos.
Leí el Corán y hasta fui a la Meca.
Estuve con los hindúes y con los budistas.
Recé bajo el sol abrasador del desierto tratando de escudarme bajo la sombra de las pirámides.
Buceé en las profundidades del Mediterráneo tratando de hallar una respuesta en las ruinas del faro de Alejandría.
Me convertí en agnóstico y pasé varios años como un anacoreta.
Me hice pagano y me entregué a los placeres más vesánicos.
Hasta llegué a flagelarme en ocasiones de tremenda ira contra el universo.
Al fin puedo decir que he encontrado lo que tanto ansiaba...
...y es que aprendí a ver el mundo a través de tus ojos.
Los de la única mujer posible.

El ruiseñor y el condenado

Al-Haarazed comió los mendrugos de pan y bebió lentamente el agua entibiada y sucia de la vasija. Era su último día. El Califa Al-Walid había ordenado su ejecución para la mañana siguiente, bajo cargos de robo y asesinato.

Cuando los últimos rayos del crepúsculo que se filtraban desde lo alto de una bovedilla bañaron de rojo la pared donde el condenado iba marcando los días de cautiverio, Al-Haarazed escuchó que alguien mencionaba su nombre desde el otro lado del muro.

—¿Quién llama a este pobre condenado?

—¿Puedes jurar tu inocencia por Alá el Supremo?

—Al-Haarazed siempre ha sido su fiel servidor. Por supuesto que sí. Pero desconfío de quien se oculta hablando en nombre del Todopoderoso.

Un ruido batiente y unas sombras reflejadas en la pared de la celda asustaron al recluso que se arrojó de bruces al piso en posición de oración.

El ruido cesó, y Al-Haarazed levantó la vista lentamente. A escasos centímetros de su cara había un pájaro de plumaje dorado. Caminó en círculos y sus ojos se clavaron en los del presidiario.

—Vengo en nombre de Alá a otorgarte un deseo. —Dijo el ave.

Al-Haarazed no cabía en su asombro, y ocultó su cabeza bajo los brazos.

—¿Quién eres?

—Soy un ruiseñor. Alá el Sabio me ha enviado como emisario para otorgarte una última voluntad.

—Entiende que en este momento no puedo pensar con claridad, llevo meses sin alimentarme bien.

—Permíteme ayudarte – dijo el ruiseñor. – ¿Te agradaría convertirte en el Gran Califa?

—Eso sería muy bueno.

Al-Haarazed levantó la vista, pero el pájaro ya no estaba allí. La habitación se hallaba casi en penumbras, y el condenado, a quien sus sentidos ya habían comenzado a engañar tiempo atrás, creyó que se había tratado de una ilusión. Volvió a bajar la cabeza dejándola esta vez reposar suavemente sobre el piso de piedra y el sueño se apoderó de él.

Un intenso olor a incienso lo despertó. Se encontraba acostado en una cama inmensa cubierto por sábanas de seda labrada, su cabeza y sus pies reposaban sobre almohadones y una suave brisa que provenía de un inmenso ventanal traía aquel aroma desde un sahumerio.

Se incorporó en el lecho cuando oyó nuevamente aquel batir de alas, y el ruiseñor traspuso la ventana y se posó delante de él.

—Dicen, pero Alá es más sabio, que eres el nuevo Califa de Omán.

Al-Haarazed miró a su alrededor. Había pasado casi dos años en un cuarto cien veces más pequeño que donde se hallaba ahora. Hundió su mano entre los cojines de la cama, observó el mobiliario del cuarto, las esculturas doradas a ambos lados de la ventana, y un maravilloso espejo con marco de oro con incrustaciones de piedras preciosas simulando racimos de frutas que le devolvía su imagen desnuda y enflaquecida.

—Soy el nuevo Califa de Omán. —repitió —Pero pronto se darán cuenta que soy un impostor. Por Alá, ¡debes ayudarme!

—Debes tranquilizarte, el único que trata personalmente al gran califa es su servidor Hassim, el Visir. Nadie del palacio salvo él conoce su rostro.

—Entonces Hassim me delatará y me ajusticiarán. —exclamó desahuciado Al-Haarazed.

—Eso no pasará puesto que he hechizado a Hassim, y él te reconocerá como el Gran Califa. — Y dicho esto el pájaro levantó sus alas y brincó hasta la ventana. — Te deseo suerte.

—Eso espero. — musitó Al-Haarazed.

Dicho aquello, ingresó en la habitación un hombre joven, vestido elegantemente y con un imponente turbante blanco.

—Alá bendiga al Gran Califa y a su fiel servidor.

—¡Hassim! —exclamó Al-Haarazed.

—Escucho y obedezco.

—Quisiera algo para comer.

Hassim desapareció inmediatamente para volver luego con siete doncellas que portaban en sus cabezas unas fuentes con los manjares más deliciosos que Al-Haarazed hubiese probado jamás.

Mientras comía, el ahora Califa, notó que salvo Hassim, ninguna de las doncellas lo miraba a la cara.

Cuando hubo terminado de comer, las doncellas se retiraron y Hassim ordenó a otras siete que lo bañaran, otras siete lo perfumaron con esencias y otras siete lo vistieron con sedas.

Pasó una semana durante la que Al-Haarazed conoció el palacio, comió, bebió y disfrutó del harem, a tal punto de haber casi olvidado sus años de esclavitud.

Una mañana, Hassim entró a su habitación y le dijo:

—Alá bendiga al Gran Califa y tenga misericordia de él.

—¿Por qué dices eso Hassim, es que va a pasarme algo malo?

—Le debo recordar, que ya han pasado siete lunas llenas desde que perdió la apuesta que realizó al Sultán Al Raschid durante el torneo de ajedrez, y hoy al ponerse el sol vendrá con su comitiva a cobrarse lo convenido: siete doncellas de su harem, su peso en oro, y siete camellos.

—Hassim, prepara todo eso para esta noche.

—Escucho y obedezco.

Y dicho esto, Hassim se retiró. Al-Haarazed estaba indignado, hacía una semana que era Califa y no estaba dispuesto a perder nada de su fortuna. El, un famoso ladrón que había llegado incluso a matar por un pedazo de pan. Debía pensar en algo.

Al caer el sol Hassim entró al salón principal del palacio acompañando al Sultán Al Raschid y a su comitiva. Al-Haarazed los esperaba en el otro extremo del salón.

—Si al menos apareciera aquel pájaro tonto y me diera alguna solución. —Murmuraba envenenado de ira.

El Sultán hizo un ademán a sus acompañantes que permanecieron quietos, y se acercó a Al-Haarazed lentamente.

—Alabado sea Alá el Glorioso, y alabado sea también quien cumple fielmente sus promesas. Gran Califa, es un honor poder verle el rostro a un hombre de su entereza, ya que la última vez los dos estábamos enmascarados con motivo de la competencia.

—Sabio es aquel que promete lo que puede cumplir, Sultán. —Dijo Al-Haarazed para ganar tiempo.

—A eso vengo. —Al Raschid hizo un movimiento de cabeza y dos guerreros se acercaron a él. — Que Alá el Altísimo exalte tu dignidad y la eleve al rango más alto. —prosiguió.

Inmediatamente uno de los guerreros sacó de su cintura una cimitarra y de un sólo golpe decapitó a Al-Haarazed, mientras el otro colocaba su cabeza en una bandeja de oro.

—Estimado Visir, debo reconocer que dudaba de la palabra del Gran Califa. Le enviaré en la próxima luna llena siete veces su peso en joyas ya

que a su vez usted me ha ganado una apuesta. Debo reconocer que tenía razón, su Califa era una persona de gran palabra y espero que usted lo suceda en el trono dignamente.

El ruiseñor entró al salón y se posó sobre la cabeza de Al-Haarazed.

—¡Qué ave tan bella y a la vez tan extraña! – exclamó Al Raschid.

—Es un ave encantada. –explicó Hassim– El padre del Gran Califa se la obsequió al delegar en él el gobierno de Omán.

—Y, ¿cuál es su encanto?

—El Ave debía guardar la vida del Gran Califa para que él pudiera gobernar hasta que Alá decidiera llevarlo consigo.

—Como verás Hassim– dijo el Sultán observando la cabeza sobre la fuente dorada, –yo no creo en magias sino en Alá el Todopoderoso.

Y diciendo esto, Al Raschid lanzó una risotada y se retiró junto con su comitiva llevando consigo la cabeza del Califa, objeto de la apuesta.

Hassim se dirigió al ventanal y extendió su mano apuntando al cielo nocturno y el dorado plumaje del ruiseñor brilló sobre ella, bajo la luz de la luna con tal intensidad, como aquella vez, en que, aun siendo un niño, su padre le había contado una increíble historia de un ruiseñor encantado.

La Biblioteca de Babel

*“En 1897 descubrimos en el margen occidental del
Eufrates los restos de un templo que fue datado
como del tercer milenio a. de C.
En su interior se encontraron numerosos escritos en
lengua sumer, brahmí, arábigo y numerosas tablas y
pinturas con escrituras cuneiformes.
Pese a la importancia que tuvo este acontecimiento
para el estudio del origen del lenguaje escrito, lo
que más nos llamó la atención fue una momia cuyos
huesos se hallaban tallados, incluso con
incrustaciones de lapislázuli y conchas configurando
jeroglíficos que aún no se han descifrado.
Lo inexplicable del hecho es que la momia
conservaba intacta la piel de todo el cuerpo”.*

**EXTRAÍDO DE: “LIBRETA DE CAMPO DE LAS EXCAVACIONES EN EL DESIERTO
ARÁBIGO”.**

**LLÖMIS DU CHAMPS, PAOLA BORDA & COLS. LONDON: PRINTED BY
SPOTTISWOODE AND CO. 1902.**

Remontando la costa este del río Ur–Nammu, El Caminante se encontró frente al gigantesco Zigurat de Uruk donde según rezaban las leyendas se hallaban archivados los papiros que contenían la historia de la humanidad.

Luego de escalar el atolón, se introdujo por una abertura tallada en la piedra, y guiado por los bajorrelieves de los corredores llegó a un recinto circular donde ya no se filtraba la luz del sol.

Improvisó una antorcha con trozos de telas y cebo y continuó su búsqueda hasta arribar a una cámara, donde se apilaban (según comprobó más tarde) tabletas con signos sumerios y otras con símbolos pictográficos que representaban vacas, ovejas cereales y números.

Le llamó la atención que, por momentos, la llama de la antorcha sufría ligeras oscilaciones que se traducían en gigantescas sombras en las paredes.

Recorrió el lugar y observó que había una ligera filtración de aire desde una grieta en la pared. En la parte superior de la misma se podía ver unas incrustaciones de lapislázuli que representaban un escrito en lengua Bramhí. Este le interesó pues sabía que correspondía a una escala evolutiva superior.

Lo tradujo rápidamente:

“La escritura, don de los Dioses”.

Al apoyarse sobre el muro del que relucían destellos azules, este comenzó a moverse hacia adentro dejando lugar a una abertura circular de casi seis palmos de diámetro.

Pasó a través de ella arrastrándose hacia atrás por temor a quedar atrapado ya que el túnel tenía una pronunciada inclinación hacia abajo, hasta que pudo incorporarse. Levantó la antorcha y comprobó que la habitación era similar a la anterior, de forma circular, y supuso que debía hallarse debajo de la otra.

Sobre las paredes había una gran cantidad de papiros enrollados sobre huesos tallados y algunos escritos sobre seda con una tinta rudimentaria que el caminante había conocido al visitar la biblioteca de Nínive en el valle superior del Tigris.

Clasificó los papiros de acuerdo a su antigüedad y luego comenzó con la lectura:

“De la obscuridad surgió el sol, y con él la luz. Así fue que se separaron el mar y el cielo, y se originó la tierra...”.

Por espacio de horas, el caminante fue instruyéndose en los orígenes del universo, del hombre y de las sucesivas razas, pueblos y gobiernos:

“Los hombres santos de remotísimos tiempos anudaron cuerdecitas con el fin de gobernar”. Leyó.

Y así, a medida que leía, fue acercándose en sus conocimientos al tiempo en que él vivía, hasta que leyó en un papiro:

“Addab de Isin”

Que era su nombre. Y le llamó la atención encontrar su propia historia, desde su nacimiento en los montes Zagros, y su convivencia con los Elamitas hasta que decidió transformarse en un errante con el fin de perseguir la sabiduría. Continuó leyendo (y recordando) su vida, su encuentro con Massudh el sabio, y su peregrinación por la costa del río Ur-Nammu hasta llegar donde se hallaba actualmente.

En ese momento una brisa que se filtró por el pasaje, volcó la antorcha sobre el papiro y fue así que se quemó todo lo que El caminante había leído acerca de sí mismo.

Addab de Isin continuó acumulando los conocimientos que tanto había buscado por espacio de años durante los que se instaló en el Zigurat de Uruk y llegó un día en que supo que sabía todo acerca del universo y que tenía las explicaciones para todo lo que en él ocurría.

Lo único que desconocía y que nunca se pudo explicar hasta el día de su muerte fueron sus orígenes, su nombre, y por qué se encontraba allí.

Un sueño

Soñé... (o no. En realidad, no recordaba haberme despertado) que estaba en una habitación en penumbras recostado en una cama de bronce vestido con un camisón blanco. Observé que las patas doradas se perdían en una espesa neblina gris al igual que mis pies que desaparecían debajo de los tobillos.

Mi lecho no era el único, había decenas de camas iguales a ambos lados y en todas las direcciones, solo algunas de ellas ocupadas. El recinto parecía no tener límites salvo por la presencia de un escritorio en un extremo desde donde provenía la mayor parte de la luz, detrás de él se hallaba una persona de la que sólo se podía apreciar su cabeza de rasgos angulosos y total calvicie excepto por unas poco pobladas cejas blancas. La estudié por unos instantes sin llegar a discernir si se trataba de un hombre o de una mujer. Sobre el escritorio (que emergía de la neblina) se podían vislumbrar unas cuantas hojas de papel apiladas y unos frascos de diversas formas en el otro extremo.

Observé a un hombre joven, caminar lentamente cruzando tres lechos vacíos en mi dirección cuando otro lo tomó del brazo, éste se volvió y contempló a aquel anciano sin poder ocultar su desagrado.

—Tiene usted suerte. —Dijo el viejo con voz segura, pero sin levantar la mirada.

El hombre más joven se detuvo a su lado, el maltrecho viejo permanecía inmóvil sentado al borde de la cama sobre la que había un pequeño botellón vacío, levantó la vista y el otro observó la oscura profundidad de su mirada.

—¿Quién eres?—Preguntó el joven.

—No recuerdo bien, he vivido muchos años y he aquí el castigo, el tiempo ha dado cuenta de mi memoria a tal punto que no logro recordar con claridad quién soy ni por qué aún permanezco aquí. ¿Tú puedes recordar tu vida?

—Perfectamente.

—Lo sabía. — Dijo con calma.

—De dónde eres?

—De Nod.

El joven continuó su camino hacia el escritorio. Llevaba en su mano un frasco similar al del anciano lleno de una bruma blanca. La mirada del viejo descansaba sobre esa inquietante nubosidad atrapada tras el ópalo de la botella. La entregó al escriba, éste la destapó y el vapor que salió arrastró al joven hacia la luz.

Miré a mi lado, observé un frasco vacío igual al del anciano Caín, y evité levantarme...

*Y Caín, alejándose de la presencia de Yahvé,
habitó en la región de Nod, al oriente del Edén.
Génesis. 4–16*

Massudh y el caminante

Se cruzaron en el desierto de Gobi, el Caminante con quién luego supo era Massudh el sabio que venía caminando con sus manos. Luego de los rituales saludos nómades y una vez que hubieron compartido su comida y bebida en señal de mutua confianza, la dentellada de la curiosidad pudo más que el respeto silente que era costumbre en el Caminante, quién por fin preguntó:

—He oído hablar mucho de ti, Massudh de Antenexas, de quién se han tejido miles de historias de las cuales he dudado mucho hasta este momento en que debo agradecer a los dioses el hecho de conocerte y comprobar tu sabiduría. Concédeme pues en honor a la hermandad que une a dos viajeros como nosotros una sola pregunta que no he podido responderme aún.

—Adelante, Caminante. Gozoso estaré de satisfacer tu deseo si es que puedo hacerlo.

—Por qué es que te hayas recorriendo este desierto andando con tus manos en lugar de hacerlo como el resto de los mortales.

—Estás equivocado, Caminante – respondió riendo Massudh – recorro el desierto como tú, pero en lugar de caminar sobre las arenas camino por las estrellas y las nubes. De esa forma puedo recorrer el universo todo en una sola noche. Andar sobre el Faro de Alejandría, los desiertos del Gobi, posarme

en la luna y saltar a las nubes más altas donde pude hablar con Caín arrepentido de la muerte de Abel y consolarlo, tratando incluso de matarle respondiendo a sus ruegos y de allí a un mundo de ángeles que tocaban grandes trompetas que no emitían ningún sonido ya que toda la música les pertenecía

por entero. Llegué a mojar me los tobillos con las aguas del gran diluvio y dar comida a los animales del arca tomándola de las copas de los árboles de la tierra fácilmente con mis manos libres desde el cielo.

Durante el día trato de reposar, y es lo que estaba haciendo cuanto tú me encontraste pues aún no acostumbro mis pies al calor abrazador del sol.

Espero haber respondido a tus inquietudes caminante, pero ahora debo partir.

Y diciendo esto Massudh pisó la estrella más cercana y saltó de esa a otra hasta que se perdió de la vista del Caminante como un aliento estelar...

El genio y la manzana

Se acercó al genio y le dijo: —"Dame parte de tu corazón, necesito algo para comenzar a querer."

Él pensó en ella, la amaba. La respuesta surgió de su boca suavemente.

—No puedo dártelo sin entregarte parte de mí también.

—Para algo eres genio.

Él tomó entonces su corazón y se lo entregó.

—Ya no me querrá – Pensó – pero debo llenar este espacio. Y no encontrando nada mejor que una manzana, se la colocó en el hueco que había en su pecho.

La primera lágrima chocó con la dura y hermosa cáscara roja...

Al poco tiempo, ella mordió el nuevo corazón del genio.

Amnesia

CAPITULO 0: EL SUEÑO

En blanco y negro, Gary Grant baja la escalera lentamente.

La piel se desnuda del vestido. Sus senos se enredan con la boca salada del hombre.

Un haz multicolor rebota en la pantalla, mientras los cuerpos se entrelazan, y por cada curva, la noche empieza a embriagarse de un tono rojo ... sangre.

CAPITULO 1

Al tercer llamado del teléfono, L. Se despertó. Era Andrés Gómez, uno de sus compañeros del trabajo.

—L. ... buenos días, pensamos que te había pasado algo y que por eso no habías venido.

L. se incorporó en la cama, vio como la luz del sol daba de lleno contra la alfombra verde de su habitación. Repentinamente la imagen de un extraño arco iris vino hacia él. Miró al reloj despertador que marcaba las diez y treinta y preguntó:

—Pero, ¿de dónde me hablas? ¿A dónde debería haber ido?

—Vamos L, ¿qué te pasa, ganaste la lotería o qué? todo el proletariado de lunes a viernes trabaja. ¿Dónde te pensás que estoy?

—Sí pero hoy es sábado. — contestó L. secamente —.

—Mirá, si realmente tenés razón, somos varios los giles que empezamos a trabajar los sábados.

Pegate una ducha, tomá un buen café y vení que hay una pila infernal de expedientes que te van a levantar el ánimo. Adiós. —Gómez colgó—.

L. no cabía en su asombro. Estaba en el momento justo que separa a la vigilia del sueño, pero con ligera ventaja para este último. Estaba seguro que Andrés le había gastado una broma, pero en un acto reflejo (no podía obrar de otra manera dado el grado de obnubilación que tenía) tomó el periódico que estaba al pie de la mesa de luz.

—Domingo 17 de marzo de 19...

Ahí realmente se despertó. Tomó el diario con ambas manos y lo leyó a veinte centímetros de su nariz.

—Domingo 17 de marzo... Pero si, ayer fue viernes... Y hoy... Entonces, es... ¡lunes!

L. aún no cabía en su asombro, casi maquinalmente comenzó a vestirse, afeitarse y salió a la calle rumbo a su oficina.

Jamás le había ocurrido algo así, durante el viaje trató de recordar que había sucedido aquel fin de semana, pero le fue imposible.

A las once y cuarenta estaba sentándose en su escritorio.

L. trabajaba en una oficina de escasas dimensiones en el tercer subsuelo del Ministerio de Informaciones del Estado.

En realidad, las escasas dimensiones se debían a que las dos terceras partes del recinto estaban ocupadas por formularios que se acumulaban periódica y metódicamente del piso al techo y desde una pared a la otra. De esta forma, L. parecía acechado día a día por un crecimiento tumoral de formularios que invariablemente le alcanzarían asfixiándolo si él no lograba darles circulación a la habitación contigua donde la escena se repetía ante otro individuo, compañero de L., a quien él no veía desde hacía meses ya que mediaba entre ambos otra columna de formularios.

Luego hacia los primeros subsuelos y luego hacia arriba, hasta llegar a la azotea desde donde se podía ver surgir una brevísima pero constante columna filiforme de humo gris acerado. (quizás el fin común de tantos años de trabajo).

Una vez sentado en su escritorio, mangas levantadas hasta por encima de los codos, corbata floja y piernas cruzadas, L. dio comienzo a su trabajo con el primer formulario del día:

—“ Sr. León Dimitris. Expediente 12384/00/01 “.

Se inclinó hacia atrás sobre el respaldo de su silla haciendo sonar los huesos de su espalda al tiempo que con la mano izquierda se rascaba la cabeza. Volvió a echarse adelante, dejó la carpeta del Sr. Dimitris y se dispuso a encender un cigarrillo mientras trataba de recordar qué había hecho el fin de semana.

La segunda sorpresa de esa mañana fue el hallar dentro del celofán del atado de cigarrillos un papel con una inscripción:

“Valeria 743-3335”.

—Ahora sí que no entiendo más – se dijo L. en voz alta.

Extrajo el papel, que por la trama parecía ser un trozo de servilleta de algún bar, y lo examinó detenidamente de un lado y del otro.

No había ninguna otra inscripción en él, en el reverso se leía exactamente lo mismo, pero al revés, debido a que la tinta se había impregnado en la trama de la servilleta.

Por unos instantes L. trató de recordar si realmente había comprado ese paquete de cigarrillos o le correspondía a algún amigo suyo porque

indudablemente él no conocía a ninguna Valeria ni tampoco reconocía el número telefónico.

A la una y cuarto los formularios habían ganado una fila más acercándose en forma amenazante.

L. continuaba pensando en lo que le había ocurrido y aún se negaba a creerlo. Recordaba claramente qué había sucedido el viernes desde que salió de la oficina, recuerdo que estaba cimentado por años de repetición de una misma rutina, practicada con la metodicidad de una hormiga todos los viernes del año.

Salía del trabajo a las cinco de la tarde, iba a su casa, de allí a caminar los cincuenta metros que lo separaban del video club, alquilaba una o dos películas y volvía, deteniéndose primero a comprar el diario.

A las siete ya estaba instalado frente al televisor para ver el primero de los films. Luego la cena y el segundo film, o a dormir.

Siempre Jorge L. hacía lo mismo. Hasta recordaba la cara de Dick Bogard cuando corrompía al dueño de casa en “ El Sirviente “ de Joseph Losey y la creciente paranoia de Joan Fontaine acosada por Gary Grant en “ La Sospecha “ de Hitchcock.

¿O, esto último lo había inventado?

No sabía de qué forma podía averiguar dónde había estado y qué había hecho el fin de semana, pero indudablemente la respuesta a sus interrogantes se vinculaba con una tal Valeria, de la cual sólo tenía su número telefónico.

Casi automáticamente, L. terminó su razonamiento y se encontró discando el número de la servilleta.

CAPITULO 2

Jorge L. era un individuo de cuarenta y dos años, bajo y delgado, con enormes anteojos que nunca pudo cambiar por lentes de contacto debido al espesor de los mismos, y desalineado para vestir.

Vivía en un departamento alquilado de la calle Peña, sumido en la más rigurosa misoginia desde hacía años, tiempo por el cual, a poco de su llegada del interior, había comenzado a trabajar en el cuarto subsuelo del Ministerio de Informaciones del Estado.

Su único capital se reducía a su escasa vestimenta, su automóvil y sus libros que acumulaba exponencialmente con el paso de los días.

L. giró el disco lentamente demorándose en soltarlo cuando faltaba caer el último número, mientras pensaba cuál sería la forma más lógica de empezar el diálogo.

Pasado un tiempo, cuando un calambre se apoderó de su índice, optó por colgar el tubo y pensar en una posición más ortodoxa.

Indudablemente no podía contar las cosas tal cual le habían sucedido, ya que no le creerían, de tal forma que decidió tan solo llamar y preguntar por Valeria. Al comunicarse con ella, le diría quién era él y esperaría a ver que reacción provocaba en ella, si no le reconocía, sería indudable que muy poco podría aclararle su actual situación.

Tomó el auricular por segunda vez y discó con seguridad.

Podía sentir en el pecho las palpitaciones de su corazón latiendo a ritmo acelerado.

No llegó a sonar por tercera vez el teléfono que L. ya estaba a punto de cortar, pero en ese momento se oyó una voz femenina al otro lado de la línea:

—Hola... hola...

Habrían pasado cinco segundos, para L. fue como una hora.

Acercó el auricular e inquirió tímidamente:

—Sí... hola... buenos días señora, disculpe, ¿está Valeria por favor?

—¿Quién le habla? —esta pregunta tan normal, resultó para L. como un interrogatorio llevado a cabo por un oficial de la Gestapo—.

Por unos segundos permaneció mudo y, hasta estuvo al borde de cortar la comunicación, pero finalmente optó por contestar:

—Le habla un amigo suyo.

L. estaba seguro de que su voz no había sonado todo lo normal que él hubiese querido, pero, por otra parte, tampoco debía dar demasiadas explicaciones.

—Bueno señor, es que, — ahora era la voz del otro lado del auricular la que sonaba extraña y rígida — Valeria falleció ayer por la noche ... ¿usted no se enteró? — y continuó — ¿usted la conocía mucho?, es decir, ¿era muy amigo de ella, verdad?

L. aún no salía de su asombro, casi automáticamente y con precisión ajedrecística contestó:

—No mucho, pero, realmente lo siento.

El silencio que se dejó deslizar fue suficiente para que la interlocutora, visiblemente consternada por tal situación, convenciera a L. a concurrir al velatorio de su desconocida amiga.

Ese fue el fin de la vida rutinaria de L. y, el comienzo de su desgracia, tal como escribió él mismo en una carta a Andrés Gómez días más tarde.

CAPITULO 3

—“Andrés, el día que me ausenté del trabajo acusando un malestar, en realidad no fue ese el verdadero motivo.

Quizás pensarás que estoy loco o algo parecido, pero si recuerdas lo que ocurrió desde ese día en adelante, verás como la misma realidad puede ser vista por distintos ojos, siendo el resultado de ello dos realidades totalmente distintas.

Tú sabes que yo no bebo alcohol, mejor dicho, creo que nunca lo hice, y digo creo ya que me es imposible recordar que fue de mi vida desde la noche del viernes quince.

Esto significa exactamente lo que acabas de leer. Cuando me llamaste por teléfono estaba convencido que era sábado, y aún hoy no sé lo que ocurrió en esas cuarenta y ocho horas.

El lunes en la oficina descubrí el teléfono de una tal Valeria en el bolsillo del saco. Por pura curiosidad llamé a su casa y me atendió una voz femenina que me informó que Valeria había fallecido el día domingo. No sé por qué motivo sentí que ese suceso podía tener alguna relación con mi repentino cuadro de amnesia, así que tomé

nota del sitio del sepelio por si acaso aquello pudiese serme de utilidad.

Hasta ese momento todo me resultaba sumamente extraño y no pensaba ir allí pero, como te darás cuenta, fui a ese lugar.

A decir verdad, no fue motivado por el solo evento del teléfono. Al salir del trabajo me disponía a olvidarme de todo ese escabroso tema, quería ir a casa a descansar, ver televisión y olvidarme de esa tal Valeria y de mi repentino cuadro de amnesia para siempre. Fue en ese momento cuando al subir al auto noté en el asiento trasero un sweater color turquesa, del tipo de los que usan las mujeres.

Creo que al leer esto, estarás pensando lo mismo que se me cruzó por la mente, que realmente había estado con esa Valeria de quién desconocía todo, aún ese misterioso teléfono, no sabía si correspondía a su casa o a la de una amiga suya.

Ante tal circunstancia, no digo que cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo que yo, pero me sentí impulsado por una estúpida curiosidad y, finalmente decidí ir al velatorio.

Llegué aproximadamente a las nueve y media de la noche. El lugar era una vieja casa en Barracas con escalera de mármol y grandes puertas de vidrio y metal que daban a un pasillo largo y oscuro, al fondo del cual, se oían las voces de los supuestos conocidos de ella. Nada podía pasarme ya que teóricamente nadie debía reconocerme.

Desgraciadamente no fue así.

Valeria se apellidaba Sánchez, y tenía según figuraba en un cartel de letras intercambiables, veintidós años.

El grupo de gente que allí encontré era de lo más variado, había aproximadamente diez o quince personas. No bien llegué, tomé asiento en una silla de la antesala. A mi lado había sentada una persona mayor, de unos setenta años, que debía conocer bien a Valeria ya que comentaba con otro señor delgado y alto de barba tipo freudiana, sucesos de la vida de ella en su compañía, y se veía notablemente afectada por el evento.

La totalidad de la gente que allí estaba eran completos desconocidos para mí, pero, habrían pasado diez minutos de mi llegada cuando una señora con un sweater casi idéntico al que había en mi auto se me acercó y dijo:

—Usted debe ser el amigo de Valeria que telefoneó hoy a casa, muchas gracias por haber venido. – Y reafirmó esto último – Todos le estamos muy agradecidos.

Indudablemente me estaba confundiendo con alguien de quien Valeria le habría hablado, o quizás realmente era yo el amigo a quien ella se refería.

La concomitancia del sweater y la seguridad con que la señora emitió sus frases me inclino a pensar en esto último.

—Me dijo que la conocía hacía mucho. ¿No es verdad?

—No, no tanto señora, pero sin embargo la apreciaba mucho.

Me desesperaba por preguntar de qué forma había sucedido, ya que teniendo Valeria tan solo veintidós años, yo había descartado la posibilidad de una muerte por causas naturales.

Al pararme para saludar a la mujer del sweater, se entreveía la habitación contigua donde se hallaba el ataúd. Mi curiosidad, que a esa altura ya había perdido todo tipo de frenos, aún de tipo moral, me impulsó a acercarme acompañado por la única persona que me había reconocido). Quería finalmente ver la cara de aquella persona, y poner fin a todo ese enigma.

El asombro que me provocó lo que ví se debió haber reflejado en mi rostro, ya que la señora afirmó con resignación, a medida que bajaba la cabeza asintiendo:

—Sí, era mejor así, con el ataúd cerrado, Todos lo preferimos de ese modo.

En aquel momento tuve la certeza de una muerte accidental pero, aun así no me atreví a preguntarlo.

La señora continuaba de pie a mi lado como esperando unas palabras de consuelo de mi parte, pero lo único que atiné a decir fue:

—Que pena, siendo una persona tan joven...

Por suerte la señora comenzó a hablar, pues yo no sabía que más agregar sin ponerme en evidencia.

—Y tan buena, mire, este sweater que llevo puesto, lo tejió ella misma y me lo regaló para mi cumpleaños. Recuerdo que fuimos juntas a comprar la lana... Pero, mire que tonta, las cosas que le cuento. Discúlpeme.

No recuerdo claramente que le dije en ese momento, estaba paralizado contemplando el sweater, lo cierto es que ella necesitaba descargar su angustia de algún modo y continuó con su relato:

—Y le decía que como le sobró una gran cantidad terminó tejiendo uno igual para ella.

—Es hermoso. – Observé al tiempo que trataba de memorizar los detalles del tejido a fin de compararlos con el que tenía yo en mi auto.

Saludé cortésmente a la señora y me retiré.

Imaginate mi asombro cuando al subir al auto comprobé que efectivamente, eran iguales!

CAPITULO 4

—Llegué a casa mucho más confuso de lo que había salido. Me eché en la cama como si en ella estuviese la raíz de mi memoria.

Al consumir el último cigarrillo que me quedaba volví a ver aquel número de teléfono que me sumergía en el olvido. Inmediatamente me dispuse a ir a comprar otro atado. Llovía así que tomé el impermeable y me dirigí al quiosco que se hallaba a cincuenta metros de casa.

Desde la vereda de enfrente Cary Grant me observaba imperturbable. Creo que fue el efecto que me produjo ver ese afiche lo que hizo a mis labios repetir palabras desconocidas.

—“... A mí también me gustan las películas de Hitchcock, pero nunca me animé a verlas estando sola...”

En ese momento sentí que la respuesta que buscaba se hallaba, al menos en parte, en la casa de videos.

Trataré de recordar el diálogo lo más preciso posible:

—Medio tarde para buscar una buena película –sentenció Don Cosme desde atrás del mostrador– con el asunto de la lluvia ya no queda casi nada.

—No, no venía por eso, le quería preguntar algunas cosas.

—Te escucho.

—¿Se acuerda del viernes pasado?

—Oiga hombre, como no me voy a acordar, un día precioso.

—No, no me refiero al día en sí sino a cuando yo vine, le alquilé algo, ¿se acuerda de eso?

—Estuviste, si, como siempre, pero esta vez no llevaste nada, ibas a alquilar la película del afiche hasta que se la cediste a la niña que entró después. Bonita, ¿eh? – afirmó guiñando su ojo derecho con complicidad, y agregó – ¿lo pasaron bien?

—Esas palabras despertaron en mí una angustia imposible de explicar lógicamente, y le pregunté:

—¿De verdad se acuerda de ella?

—Pero coño, si nunca te ví tan amable.

—Dígame, ¿cómo era físicamente?

—Eso lo debes saber mejor tú que yo, ya que los ví muy cariñosos.

Casi al borde de la ira, tomé a Don Cosme de las solapas y le grité:

—¡No me joda, dígame cómo era!

La situación era totalmente ridícula, yo, bajo y delgado, suspendido de las solapas de un mamut peninsular de casi dos metros de estatura.

Asombrado el gallego, respondió a mis interrogantes.

—Mientras llegaba a casa iba repitiendo los datos que había logrado sonsacarle, evidentemente el sweater turquesa que tenía en mi poder pertenecía a la persona que Don Cosme había visto conmigo aquella tarde, por lo demás, me resultaba completamente desconocida.

—Lo que más me intrigaba era adónde había visto yo esa película de la cual sólo recordaba la escena de mi sueño, el cual me resultaba totalmente absurdo.

—En ese momento me di cuenta que entre aquel y mi repentino cuadro de amnesia, había una relación que hasta entonces no había notado.

CAPITULO 5

“Al día siguiente tampoco fui a trabajar. Me limité a tomar café y a fumar incansablemente.

La imagen de mi sueño seguía repitiéndose sin parar ante mis ojos. Mi sueño, el único recuerdo de mi vida que me quedaba de esos dos días. Si seguía sin hablar con alguien, invariablemente enloquecería.

Recordé entonces a aquel analista al que había consultado tiempo atrás.”

—Hola, ¿hablo con el consultorio del doctor Olivari?

—Sí, él habla.

—Discúlpeme, le habla Jorge L., quizás no se acuerde de mí, pero usted me trató hace un tiempo...

—Sí, por supuesto L. ¿Qué necesitaba? El doctor Olivari pronunciaba sus palabras con tal seguridad, que nadie hubiera notado que no recordaba a L. en lo más mínimo.

—Necesito verlo urgente, creo que si no, voy a volverme loco.

—Bueno L., ¿le queda bien mañana por la tarde?

—No doctor, tiene que ser ahora mismo, por favor. – la voz de L. sonaba suplicante –.

—Espere un momento, voy a consultar mi agenda, siendo tan urgente buscaremos la manera de solucionarlo.

Olivari apoyó el auricular sobre el escritorio y fue a servirse un café a la cocina, sabía que su agenda estaba totalmente libre, pero había aprendido las ventajas de aparecer como un médico muy solicitado.

—Escúcheme L., yo lo podría ver luego de atender la última consulta de hoy.

—¿A qué hora sería eso, doctor?

—A las veinte horas, ¿le parece bien?

—Gracias, doctor, estaré puntual, y disculpe por haberle complicado su jornada.

—No L., faltaba más, para eso estoy – Olivari sonría irónicamente – y agregó – uno se debe a sus pacientes.

Mientras tomaba su café, Olivari pensaba en cuál sería la mejor forma de aprovechar la tarde. La idea que más lo seducía era dormir la siesta. Desde el otro lado de la sala lo tentaba el viejo diván que ya tenía la forma de su cuerpo, pero extrañamente, se encontró leyendo la historia clínica que conservaba de L.

En realidad, no eran muchas las que poblaban su archivo.

“22 de julio de 1969.

Jorge L. argentino, nacido en Córdoba, veinticuatro años, soltero. Consulta porque sufre pesadillas que le impiden conciliar el sueño. Se presenta como un individuo lábil psíquicamente, encubierto por una imagen pusilánime y formal. Pese a mi interrogatorio acerca de las características de sus pesadillas le es imposible recordar ninguna.

Incapaz para recordar datos de su pasado.”

“29 de julio de 1969.

El paciente estructura su vida en forma obsesiva alrededor de su nuevo empleo en una dependencia del Estado. Persiste el insomnio, teme a dormir por miedo a que se repitan las pesadillas de las cuales aún no ha referido datos.”

“6 de agosto de 1969.

L. está muy demacrado. Insiste en la imposibilidad de conciliar el sueño. Decido medicarlo con barbitúricos a dosis mínimas...

Las anotaciones de Olivari, se repetían monótonamente, lo único que variaba era la dosis de hipnótico que L. necesitaba para conciliar el sueño.”

Al borde de abandonar la lectura, el psiquiatra notó que las anotaciones del siete de octubre eran mucho más extensas que las demás, intrigado, leyó el contenido de la hoja:

“... L. parece más animado, es la primera vez desde que empezaron las sesiones que mencionó a una mujer denotando interés. Se trata de una empleada del archivo del Ministerio donde trabaja L., su nombre es Ana, aún no ha mantenido con ella más que el trato episódico propio del trabajo, pero sus palabras acerca de ella, reflejan la inquietud propia de quien se siente atraído por otra persona. Casi al finalizar la sesión, L. reemplazó el nombre de Ana, por el de Sonia sin notarlo.”

En la historia clínica no figuraba nada más referente a ese día, seguramente la sesión estaba por finalizar y Olivari no quiso ahondar más el tema por miedo a demorarse.

No se habían producido muchas más visitas luego de ésta. A los dos o tres meses, L. había dejado de asistir.

En ese momento pudo conciliar el sueño. El sonido del portero eléctrico lo despertó. Olivari ajustó el nudo de su corbata y acomodó lo mejor que pudo el escaso mobiliario de su consultorio. Se dirigió al baño, lavó su cara y se disponía a orinar justo en el momento en que sonó el timbre.

Al abrir la puerta se encontró con el rostro desencajado de L.

—¿Cómo está L.? Disculpe que lo atienda yo, pero a esta hora la secretaria ya se ha retirado –al mismo tiempo que decía esta frase palmeaba la espalda de L.

La figura menuda de L. parecía más insignificante parado al lado de la desordenada corpulencia de Olivari.

—Siéntese donde prefiera en el diván o en la silla que está frente al escritorio, para mí es igual – la voz de Olivari sonaba rutinaria a medida que sus dedos alisaban los desprolijos cabellos que aún le quedaban en la nuca.

L. se ubicó en la silla, sus rodillas juntas no dejaban de subir y bajar rítmicamente. Con su mano derecha extrajo del bolsillo interno del saco el paquete de cigarrillos.

—¿Le molesta que fume, doctor?

—Habitualmente trato que la gente no fume, pero por ser Ud. el último paciente del día lo autorizo.

L. extendió el paquete hacia el médico quien sin dudar tomó dos cigarrillos.

—Agarro dos porque se me acabaron y el quiosco más cercano está a cinco cuadras.

—Tome los que guste doctor. – la voz de L. sonaba formal, como siempre.

—Bueno le voy a aceptar su generosidad. Volvamos a lo que lo trae por aquí, – dijo el médico guardando los cigarrillos en el bolsillo de su camisa.

Al mismo tiempo que L. comenzó a deshilvanar su historia, Olivari observó que su generoso abdomen se adivinaba entre dos de los botones de su camisa.

—... y lo único que recuerdo de esos dos días es el sueño que tuve...

L. contó lo que había logrado reconstruir de esos dos días de amnesia, sus dudas y sus escasas certezas. Mientras tanto, el psiquiatra garabateaba en la historia clínica.

—Hábleme del sueño L. – la voz de Olivari sonó interesada por primera vez en mucho tiempo. Con la vista fija en un punto inexistente, la respuesta de L. no se hizo esperar.

—Recuerdo escenas de una película de Hitchcock, *La Sospecha*. ¿La vio?

El cine no era el pasatiempo preferido de Olivari, en verdad, sólo lo apasionaban los caballos de carrera, que lo habían eternizado en ese consultorio deplorable.

Dudó por un instante qué respuesta debía dar, lo interrumpió la voz de L. que continuaba el relato:

—... lo veo bajando por la escalera...

—¿A mí? – preguntó confundido Olivari –.

—No doctor, a Gary Grant. – L. no comprendió que, entre él y el médico, existía una distancia aún mayor que la del escritorio que los separaba. – A la vez veo dos siluetas recortadas tras un haz de luz multicolor que se va volviendo roja ... creo que provienen de un ángulo del cuarto... sí... me parece que desde una extraña lámpara... las siluetas se tocan, están echadas una sobre la otra... yo vuelvo a ver partes de la película alternándose con la imagen de esos dos cuerpos haciendo el amor, hasta que de pronto, éstos se separan, no puedo ver con claridad porque alguien me ha sacado los anteojos... todo es rojo... ahí es cuando me despierto.

Olivari estiró su mano para tomar otro cigarrillo del paquete que L. había dejado sobre el escritorio y preguntó:

—Y esas siluetas, L., ¿le eran familiares?

—No doctor, eran siluetas de un hombre y una mujer totalmente desconocidas para mí.

El hecho de que L. sólo aclarara que era la silueta de la mujer la que le resultaba desconocida, no inquietó mucho a Olivari quién repuso:

—¿Y usted cree que esto que me contó tiene que ver con la historia de su repentina amnesia, del sweater, del auto y de las bromas que le hizo don Benito?

—Don Cosme, doctor. – replicó L. indignado.

—Bueno, Cosme o Benito, eso no importa, lo que importa es el fondo de la cuestión. – Olivari no sólo desconocía el fondo, sino todo lo demás, en lo único que podía pensar era cuándo se iría L.

Miró su reloj y dijo:

—Lo que le pasa a usted L. es que está agotado por su trabajo. Diviértase un poco más, salga con alguna amiga – Olivari se sonrió – de todas formas, le voy a recetar esto que lo va a ayudar. – Entregó a L. una de las tantas recetas que tenía ya llenas en un cajón del escritorio—.

L. lo miró atónito, pero no se atrevió a preguntar nada más.

En el umbral del consultorio, mientras Olivari palmeaba por segunda vez la espalda de L, éste balbuceó tímidamente:

—Entonces no cree que esto tenga relación doctor?

—De ser así, usted necesitaría más a Phillip Marlowe que a Freud.

La angustia se reflejó en el rostro de L., quizás por eso Olivari agregó:

—No se preocupe mi amigo, ¡hágame caso! Nos vemos la semana que viene.

Cerró la puerta, e inmediatamente, contó los pocos billetes que L. le había entregado.

“Desgraciadamente, lo único que hizo el analista fue restarle importancia a mi problema, y lo atribuyó al stress laboral, pero, como te darás cuenta Andrés, esto era algo más grave...”

CAPITULO 6

“Las pastillas que Olivari me había dado me hicieron dormir hasta las doce del mediodía siguiente. Me levanté como pude, no sabía qué hacer. De pronto, me encontré discando el número de Valeria.

La misma voz femenina me atendió:

—Disculpe que la vuelva a molestar, soy el amigo de Valeria que la llamó el lunes, ya sé que no es el momento, pero necesito hacerle una pregunta que quizás le parezca muy tonta pero que para mí es muy importante, yo le presté a Valeria una película llamada *La Sospecha*, ¿podría fijarse si aún está allí? – Como te darás cuenta

Andrés, no tenía ninguna otra excusa para volver a llamar a ese lugar. –

—Si me espera un minuto voy a revisar porque esta no es mi casa, Valeria vivía sola y era muy desordenada.

Aguardaba aferrado al teléfono como un náufrago a su tabla, no sé cuánto tiempo pasó.

—Hola, ¿está todavía allí?

—Sí, diga.

—Al fin la encontré. Estaba puesta en el aparato, debe haber sido la última película que vio.

No recuerdo qué pasó después, creo que me desmayé, solo sé que desperté tirado en el suelo y, esta vez, a diferencia de la anterior, recordaba todo lo que había sucedido. Entre mis manos aún descansaba el auricular, y el ruido de la tormenta u otra cosa peor aún me hizo estremecer.

Sé que la palabra miedo no basta para describir lo que sentía. Corrí bajo la lluvia como un loco, hasta detenerme, totalmente empapado frente a una casa totalmente desconocida para mí. Extrañamente, la fachada comenzó a hacerse familiar...

Sentí mi voz nuevamente articular en forma anárquica, palabras sin sentido hasta ese momento:

—*Qué linda casa tenés...*

—La alquilé hace poco, cuando me vine a vivir a la capital...

Mi sentido común me decía que debía irme, pero algo incomprensible me impulsó a seguir allí.

Debí haber tocado el timbre, ya que la mujer que había visto junto al féretro abrió la puerta, y su silueta, se recortaba sobre el arco iris de mis sueños que emergía de una lámpara...

Por eso, Andrés es que tomé esta determinación, quizás no lo comprendas, pero, como te decía al principio, las cosas pueden ser vistas por distintas personas, y cada una verá diferentes realidades”.

CAPITULO 7

La luz del arco iris, iluminó con sus tonos rojos, la memoria de L. al mismo tiempo que lo besaba, las manos de la muchacha le quitaban su único contacto con la realidad, los lentes. A pesar de ello L. sentía el calor de su cuerpo como una mirada.

Algo en ella le parecía familiar.

Desde el televisor, las voces en inglés acompañaban el movimiento de sus cuerpos. La luz de la lámpara inundaba todo el cuarto, L. creyó que el arco iris surgía por entre las piernas de Valeria.

Todo parecía irreal sin los lentes, que miraban a su dueño teñido de un premonitorio color rojo.

El deseo hizo brotar de los labios de L., un nombre olvidado casi desde siempre:

—Sonia...

La magia de la noche quebrada.

El pubis refugio se cerró a las pasiones de L.

Los colores de la luz, se fundieron, a través del agua de los ojos de Valeria en un solo tono... muerte.

Las manos de L. obraron solas, según lo aprendido.

CAPITULO 8

Andrés Gómez examinó la carta nuevamente. Todo en ella acrecentaba el enigma.

L., un sujeto estable, cultor de una vida tan rígida y formal que sería insostenible para cualquier otro, decide un buen día, poner fin a esa monotonía, de una forma tan absurda como la que llevaba a quemar día tras día en los hornos de la compañía los expedientes de cientos de personas.

Indudablemente, si para él hubiese sido intolerable tal formalismo, quizás eso fue extrapolable para su amigo. Aunque sin saber si motivado por una malsana curiosidad, o por la repetida frase de L. según la cual una realidad podía ser objeto de más de una interpretación Gómez tecleó en la computadora del Ministerio de

Informaciones del Estado, los datos de Valeria.

Al hacerlo sentía que estaba profanando una vieja amistad.

“Valeria Sánchez.

Nacimiento: 4/8/65 Córdoba.

Madre: Sonia Sánchez. 4/6/38 – fallecida 24/12/65. Causa: homicidio.

Padre: desconocido.

Criada en un orfanato del estado.

Profesión: Estudiante de cinematografía.”

Al apagar la computadora Andrés Gómez recordó el “*buenos días*” con el típico tono cordobés con el que L. se presentó en la oficina hacía veinte años.

La partida de Alan Moral

*If you know my story now
Please don't tell
Don't want to hear
It can only bring me pain
Maybe one day before I die
I'll open that door
Maybe I'll cry.
But for now I'll live in the dark.*

T. BANKS.

Las dos columnas de humo ascendían paralelas hasta que, casi a la altura de mis ojos se fusionaban, y centímetros más arriba, una brisa que se filtraba por la ventana del bar las borraba para siempre. Pensé que entre lo baladí de las etéreas columnas y la inexorable caducidad de la vida existía una imperceptible pero evidente relación, y no pude olvidar al paciente que había fallecido esa mañana en el hospital.

Miré la taza humeante de café y apagué el cigarrillo mientras continuaba reprochándome el hecho de no haberme habituado aún a la muerte tras tantos años de cirujano.

Creo que fue en ese momento, y no antes, cuando vi al viejo por primera vez. Me llamó la atención por lo anacrónico de su atavío. Parecía vestido para una fiesta de gala que hubiera tenido lugar veinte años atrás. Se condujo directamente hacia donde yo estaba sentado y se detuvo frente a mí.

—¿Es usted el hijo de Moral, el dibujante?

Observé perplejo al anciano. Llevaba puestas unas gafas negras tan oscuras que no podía comprender cómo me había reconocido a través de ellas.

—Sí. Creo que no tengo el gusto de conocerlo

—No, es cierto, no me conoce... Hasta ahora por supuesto. Pero creo que le puede interesar saber cosas de su padre a quien sí aprendí a conocer, y

aún hoy no dejo de hacerlo. Su obra me parece realmente fascinante. — Hablaba lentamente pero sin pausas, lo que sumado a lo sorprendente de su aparición, me dejó atónito. Sacó con su mano izquierda una tarjeta del bolsillo de su saco. En ese momento comprendí que en la otra mano llevaba un bastón brillante de carey blanco con una exótica talladura entre la empuñadura y el pie.

—Aquí tiene una dirección donde puede ubicarme. Lo estaré esperando. —y agregó.— Ah doctor, me olvidaba le ruego que venga solo así podremos dialogar con tranquilidad.

El viejo dio media vuelta y comenzó a caminar por entre las mesas del bar en dirección a la puerta. Me levanté y corrí hacia él.

Al cruzar tras una columna, una mano que me tomó por el hombro me detuvo, era mi amigo Ricardo que había ido al toilette minutos antes de que apareciera aquel individuo. Eso bastó para que el anciano ganara distancia.

—¿A dónde vas? —pregunto Ricardo inquieto. Con un movimiento de hombro me liberé de la mano de mi amigo y grité:

—¡Señor!

El viejo ya estaba casi fuera del café. Se dio vuelta apoyado en su bastón en una posición que me resultó familiar, no mirando hacia mi directamente sino de reojo a través de sus lentes oscuros. Tenía una mano en el bolsillo de su saco, y con la otra tomaba el bastón apuntando con su dedo índice hacia el piso. Bajo el efecto del contraluz, ya que estaba parado casi sobre la puerta y el resto del recinto no tenía sino una tenue iluminación, la figura parecía aún más inquietante.

En ese momento surgieron en mí muchos interrogantes. Me había llamado doctor, por ende me conocía, pero no sabía de dónde, además también ignoraba su nombre, quizás el hecho de tener tantas preguntas que realizar en aquel momento cuando no había lugar para más de una, fue lo que me enmudeció por completo. Probablemente el anciano se haya dado cuenta de ello ya que sonrió de manera extraña e intrigante, se volvió hacia la puerta y salió.

—¿Quién era?

—No sé... Un vendedor ambulante, supongo.

—Y, ¿para qué lo llamaste?

—Tenía algo que me resultaba familiar...

Traté de restar importancia al asunto y fuimos a sentarnos nuevamente. No quería que Ricardo notara mi desconcierto, así que deliberadamente

comencé a hablar de la última película de Ridley Scott. A los cinco minutos estábamos discutiendo acerca de los rasgos más salientes del post-modernismo, y, media hora más tarde, sumidos en un duelo a muerte defendiendo cada uno su postura sobre si los ravioles a la “*Príncipe di Napoli*” llevaban o no un huevo frito encima, apostando sumas de dinero que jamás pensábamos pagar, ya que la verdad absoluta no existe cuando se discuten temas de tal profundidad ontológico-filogenética. Fue en uno de esos silencios imprescindibles cuando Ricardo desistió de continuar con su defensa aguijoneado por su memoria.

—¿Sabes a quién se parecía el viejo que viste?

—Estaba recordando pero no sé.

—Lo vi en tu casa.

—¿En mi casa?... Estás loco, si el viejo hubiese estado en casa lo recordaría.

—Yo no dije que él estuvo ahí –al decir esto sonrió satisfecho, y agregó con un tono entre enigmático y extorsivo– Solo que lo vi en tu casa... – hizo un silencio y puso fin al misterio– En un cuadro de tu padre, ese del tipo que está con el bastón, que parece un ciego por los lentes que usa. Tenés que recordarlo.

Lo miré fijo y respondí:

—Sabe lo que es usted Castel... –Ricardo sonrió nuevamente con agrado, sabía que estaba en lo cierto y esa frase así lo indicaba.

—...¡Usted es un hijo de puta!

Cuando nos sorprendió la noche ya estábamos de acuerdo con respecto a que el mayor exponente filmográfico del post-modernismo era “*Blade Runner*”, y que el “*Brazil*” de Terry Gillan, si bien meritorio, era de menor valor estético. Lo que no hubo forma de concluir fue el duelo vesánico acerca de la salsa en cuestión.

Llegué a casa pensando en el dibujo del ciego con su bastón blanco. Revolví en todos los sectores del atelier hasta que por fin encontré el dibujo dentro de una carpeta de cuero verde.

Se trataba de un anciano erguido histriónicamente, como si estuviera posando para una foto. Llevaba la mano izquierda en el bolsillo, y en la derecha, que figuraba en un plano más anterior, cautivando de esa forma la atención del observador, un bastón blanco con una talladura similar a la que yo había visto. Enormes lentes negros cabalgaban sobre una prominente

nariz, que era el rasgo más saliente de su cara, oculta casi por completo por el sombreado. Vestía un gabán de solapas amplias y redondeadas, camisa muy arrugada y cerrada en el cuello, pero sin corbata, al igual que el extraño individuo del bar.

En el reverso se leía: "*Wuluwait el barquero*" 1982, 30 x 23, lápiz.

El mismo sobre contenía otros bocetos donde se observaban ancianos tendidos en la cama con los ojos cerrados y la boca entreabierta, imágenes que había visto tantas veces durante las recorridas de sala hospitalarias. Me pareció extraño que nunca hubiese reparado en la existencia de esos dibujos, inundados de una atmósfera sombría y cargados de un dramatismo sutil, pero evidente.

Busqué el nombre de "Wuluwait" sin éxito en la "*Enciclopedia universal*" de Sir. Edward Laso, como así también en el "*Tratado de mitología*" de Longmans, Green & co.

Estaba contemplando aquellas imágenes escatológicas que aún carecían de sentido para mí, cuando recordé la tarjeta que el anciano me había entregado. El papel de bordes amarillentos con un grabado en relieve, evidenciaba lo que años atrás había sido una tarjeta de calidad. Me llamó la atención el que solo tuviera inscripta una dirección en una de sus caras, pero lo que más me inquietó fue descubrir que en la otra llevaba grabado con letras de imprenta un nombre que hasta ese momento nunca me había intranquilizado, el mío.

Al detenerse abruptamente el cassette que estaba sonando, tomé conciencia de haber estado observando el cuadro y la tarjeta por espacio de casi una hora. Me resistía a creer, en los acontecimientos, pero el notable parecido del cuadro y esa intrigante tarjeta, fueron suficiente cebo para despertar mi curiosidad.

Me detuve en el balcón a contemplar los primeros relámpagos que despuntaban en el cielo oscuro presagiando la tormenta.

Entré a la casa y cerré la persiana del atelier en el momento en que comenzaban a caer las primeras gotas, tomé el impermeable y me dirigí a la puerta.

Casi por reflejo me miré en el espejo que se hallaba al lado, y pude verme a mí mismo duplicado ya que en la pared opuesta se encontraba colgado un retrato, en el que yo vestía aquel impermeable que mi padre me había regalado hacía años.

Se trataba de un pastel de casi un metro cincuenta de altura en el cual la realidad se hallaba distorsionada levemente como sucede en general con el arte expresionista.

Mi figura estaba mirándome rígida, dando la espalda a una ventana oval, remedo del original que se hallaba en el altillo de la casa, por la cual se veían nubes de tonos entre el azul y el negro, que en un plano del espacio se confundían con el empapelado de la habitación, y más abajo borraban mis pies violando la perspectiva.

Me observé detenidamente y fue así que noté algo blanco que sobresalía del bolsillo del pantalón, me acerqué más, sin resultado, creyendo finalmente que debía tratarse del brillo producido por la iluminación sobre las arrugas de la ropa.

El pastel, titulado “*La partida de Alan*” debía tener al menos siete años, y recuerdo que su nombre había sido motivo de crítica ya que nadie que fuese a partir lo haría desde el altillo de la casa, sino más bien desde donde yo estaba parado en ese momento. Pensando esto, subí hasta esa habitación sin saber por qué.

Traté de encender la luz sin éxito, así que abrí de par en par las persianas internas de la ventana oval. La poca luminosidad que entró en el cuarto debido a la tormenta, me permitió ver el empapelado nuboso, algo más oscuro del que yo recordaba.

La lluvia ahora era intensa y constante. Regularmente algunos relámpagos iluminaban la totalidad del cuarto. Me paré de espaldas al ventanal, y observé cómo se veía la habitación.

La puerta de entrada se hallaba a mi derecha. Enfrente había un aparador de roble con un gran espejo en su parte superior y, colgado al lado de éste se hallaba un autorretrato de mi padre dibujando que recordaba bien. El resto de la habitación estaba ocupada por muebles y artículos en desuso dispuestos anárquicamente.

Súbitamente, un rayo iluminó con su destello mi figura reflejada en el espejo, y me vi posando para el autorretrato en “*La partida de Alan*” pero

esta vez a diferencia de lo ocurrido minutos atrás en el living, pude identificar aquel objeto blanco que sobresalía de mi bolsillo. Lo tomé entre mis manos y leí circunspecto una vez más la dirección del anciano. Un viento violento y seductor abrió la ventana oval de un golpe y me susurró al oído.

En ese momento tuve la certeza que debía partir a encontrarme con mi padre que había muerto seis años atrás.

Réquiem a la muerte de mi padre

Armando Donnini nació en 1939. Estudió y enseñó en la Prilidiano, dibujó y pintó incansablemente toda su vida para dejar algo que lo recordara. Ganó decenas de premios y realizó muchas más exhibiciones de sus obras hasta su muerte en 1983.

Pero para mí significa mucho más...

Su imagen reclinada sobre el papel en su atelier con Brassens de fondo, su profundo amor por el arte en su lágrima derramada al ver por primera vez el Guernica, sus interminables conocimientos que me hicieron creer más de una vez que fuera imposible que ese hombre hubiera vivido tan solo una vida.

Su miedo a la vejez y a la muerte, de la que termino por burlarse un jueves de febrero en la habitación de un hotel.

Y mi profunda admiración que quizás se vea reflejada en la imposibilidad de expresarla en palabras.

Algún día seré yo quien atraviese la ventana de uno de sus cuadros cargados de dramatismo y estática nostalgia...

...Y deseo volver a conversar con él como no lo hago desde hace ocho años.

(1991)

Índice

[Apocalipsis](#)

[El timbre](#)

[El pequeño hombre](#)

[Aguas](#)

[La niebla](#)

[El escultor y la modelo](#)

[La navaja](#)

[Tribulaciones de un empleado](#)

[La escalera de caracol](#)

[Una leyenda china](#)

[Una Mujer](#)

[El ruiñeñor y el condenado](#)

[La biblioteca de Babel](#)

[Un sueño](#)

[Massudh y el caminante](#)

[El genio y la manzana](#)

[Amnesia](#)

[La partida de alan moral](#)

[Réquiem a la muerte de mi padre](#)

Fabían Sebastián

fabiaandonnini@gmail.com

DONNINI



Un hombre joven publica su primer libro. Son relatos misteriosos. Algo asusta al lector desde el contenido de la obra. Son los temores que surgen de quienes se asoman a mundos desconocidos.

En esta heterogénea serie salida de la pluma de Donnini, el nexo común es ése, que se halla permanentemente en el clima logrado. Es el universo de la muerte, que se configura en ese cielo estrellado que un protagonista atisba a través de un agujero en el techo de su auto.

Fabían Donnini nos presenta aquí una obra hermosa, plena de componentes que rondan lo diabólico. Sus criaturas giran siempre en la vecindad de ese momento único, en el que la irreversibilidad cierra todas las ventanas que permiten acercamientos al más allá. Este novel autor es un poeta, aunque para transmitirnos sus sensaciones emplee bella y terebrante prosa. Eso es un mero artilugio al que recurre para fascinarnos a lo Borges, a lo Bradbury o a lo Sturgeon.

Camilo A. Giani



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

Otras obras del autor

Los Ojos del Gato
2003

Nunca. Jamás.
Sucedió.
2022



LIBRO EDITADO POR



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA